

Real Academia Española

ZORRILLA

POESÍAS

D 6 C
A

C. 110524
1-88378

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

Este es un recuerdo
de mi amistad.

Solvia

POESÍAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

PUBLICADAS POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID

VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA

IMPRESORES Y LIBREROS

de la Real Academia Española.

—
1894



R. 66719

—
ES PROPIEDAD
—



TOLEDO

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
hundidos ya los pies entre la arena,
allí yace Toledo abandonada,
azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes,
aun asoma su frente carcomida;
esclava, sin soldados y sin leyes,
duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza;
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y, entre ruinas y blasones,
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo imbécil que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío
ciñó bramando sus tostados muros,
y, entre las ondas pálidas de un río,
una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí: yace tendida
en el polvo, sin armas y sin gloria,
monumento elevado á la memoria
de otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez, sobre la noche umbría
de este montón de cieno y de memorias,
se levanta dulcísima armonía...

cruza las sombras cenicienta luz,
se oye la voz del órgano que rueda
sobre la voz del viento y de las preces;
una hora después apenas queda
un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
al través de los vidrios de colores,
el brillo de una lámpara moruna
colgada, al apagarse, en un altar;
apenas entreabierta una ventana
anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
que el pueblo sin ayer y sin mañana
yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
ese pueblo, en la alta noche,
alza el rostro macilento,
despertando con pavor;
fingiendo en la sombra obscura
la mal abierta pupila,
la transparente figura
de un fantasma aterrador.

.....
La luna en tanto pasea,
cruzando el azul tranquilo,
y los despojos blanquea
de tanta generación:
esas páginas sin nombre,
cifras de un siglo ignorado,
que alzó la mano del hombre,
del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,
cuyos pardos capiteles,
cuyos pintados cristales,
cuya bóveda ojival,
cuyo color ceniciento,

cuyo silencio solemne
cobijan por pavimento
una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
á par de ruidosa orquesta,
cantares que se levantan
hasta los pies del Señor:
sobre ella brota el perfume
que la atmósfera embalsama,
y en oblación se consume
oro y mirra al Criador.

Sobre ella, en noche lluviosa,
al bramar del viento bravo,
armonía misteriosa
en el templo se hace oír.
Es un cántico tremendo,
ronco, vago, agonizante;
una voz que está pidiendo
por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
del terrible *Miserere*,
cuyo monótono canto
miedo infunde al corazón;
y en la bóveda rodando,
saliendo al aire flotante,
al mundo va predicando
una santa religión.

Y bajo la piedra helada,
de los hombres que murieron
se oye la voz apagada
el triste salmo decir;
y la campana sonora,
remedándola en el aire,
con la voz de alguna hora
la hace en el aire morir.

II

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla
de ese torrente que á tus pies murmura;
que con agua pesada y amarilla
roe y devora tu muralla obscura;
que llora avergonzado tu mancilla;
tu perdida riqueza y tu hermosura;
y calla por piedad á las naciones
que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
los ángeles y brujas de tus cuentos,
las danzas de los santos con las hadas,
los misterios ocultos en los vientos;
duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
prenda de tus señores opulentos:
sepulta en barro tu diadema de oro
y canta en derredor de tu tesoro.

—
Hubo unos días de gloria,
vanos recuerdos de ayer:
apenas hoy de esa historia
nos queda un *Zocodover*
ú otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
de ancho tapiz toledano,
en la arena húmeda emplaza
un moro de noble raza
á algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores
que avergüenzan un jardín,
balcones y miradores;
cristales son de colores
los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,
y es el balcón del Sultán;
y, armados de alto lanzón,
jinetes debajo están
por respeto á la función.

Y las musulmanas bellas,
detrás de las celosías,
muestran ocultas estrellas
sus ojos, que en tales días
no hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
sus prendidos y sus chales,
que mece en ondas iguales
un abanico de plumas.

Por eso celoso el moro
tendió en sus ojos un velo;
que es más rico su tesoro
que el color azul del cielo
teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
aguas de olor en la arena,
que dan aroma y frescura
y agitan el aura pura
de aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
de las tres torres mayores,
de luz y de aire embriagadas,
cantan y vuelan cerradas
aves de gayos colores.

Gala del hombre de Oriente
era la altiva Toledo:
hoy conserva solamente
cieno en la caduca frente,
y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
solitaria y carcomida,

puede apenas sostener
la memoria de su vida,
amenazando caer.

Hoy, á las cañas de moros,
á lo más ha reemplazado
con una farsa de toros,
y á los adufes sonoros
con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
quedar á Toledo pueda,
robóle el tiempo importuno
hasta la alfombra de seda
del alto alcázar moruno.

III

Hoy, un templo de gótica estructura,
y escombros sin historias y sin nombre,
en su deforme y colosal figura
su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
en el templo las lámparas sagradas,
y que vibrar se escuchan noche y día
del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
en que leer, delectando apenas,
la era en que una tribu noble ó loca
cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras,
en que, á través de seda y pedrería,
alcanza el pensamiento entre las sombras
lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
de tanta gala, pompa y hermosura:
quedan, en vez de cantos orientales,
himnos al Dios que mora en el altura.

Ya no hay cañas ni torneos,
ni moriscas cantilenas,
ni entre las negras almenas
moros ocultos están;
hoy se ven sin celosías
miradores y ventanas;
no hay danzas ya de sultanas
en el jardín del Sultán.

.....
Ya no hay pájaros de Oriente
presos en redes de oro,
cuyo cántico sonoro,
cuyo pintado color
presten al aire armonía,
mientras en baño de olores
dormita, soñando amores,
el opulento señor.

No hay una edad de placeres
como fué la edad moruna;
igual á aquélla, ninguna,
porque no puede haber dos;
pero hay, en gótica torre
de parda iglesia cristiana,
una gigante campana
con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
en cien góticos pilares,
y cruces en los altares,
y una santa religión.
Y hay un pueblo prosternado
que eleva á Dios su plegaria
á la llama solitaria
de la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
en los pliegues del ronco torbellino;
á cuya voz vacila el firmamento
y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
en el impuro corazón del hombre,
y él adora en una árabe mezquita
la misteriosa cifra de ese nombre.





INDECISIÓN

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas;

Y en medio de la noche majestuosa
esa luna de plata, esas estrellas,
lámparas de la tierra perezosa,
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
asomar el crepúsculo que nace;
y la neblina que corona el monte
en el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento
cambia su azul en franjas de colores;
y susurran las hojas en el viento,
y desatan su voz los ruseñores.

.....
.....

Y la noche las orlas de su manto
arrastra fugitiva en Occidente,
y la tierra despierta al fuego santo
que reverbera el sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado;
camina cada ser con una historia
de encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama;
si hay un invierno de humedad vestido,
hay una hoguera, á cuya roja llama
se alza un festín con su discorde ruido,

Y una pintada y fresca primavera,
con su manto de luz y orla de flores,
que cubre de verdor la ancha pradera,
donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
y desierto sin fin en la llanura,
en cuya extensa y abrasada alfombra
crece la palma como hierba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
como sombras sin luz y apariciones,
pardos y corpulentos elefantes,
amarillas panteras y leones.

Allí, entre el musgo de olvidada roca,
duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
y de una cueva en la entreabierta boca,
solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas..





RECUERDOS DE TOLEDO

LA CATEDRAL

INTRODUCCIÓN

Ese montón de piedras hacinadas,
morenas con el sol que se desploma;
monstruo negro de escamas erizadas,
que alienta luz y música y aroma;

A quien un pueblo inválido rodea
con pies de religión, frente de miedo,
que tan noble lugar mancha y afea,
es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida,
llora el favor de los hundidos años;
reina sin corte, anciana y desvalida,
por sus hijos robada y los extraños.

Por vestir el espectro de su nada
hoy convoca sus hijos á las fiestas,
celebrando su mal, desesperada,
con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que, muriendo en la llanura
á manos de contrario más valiente,
con voz tremenda su venganza jura,
y fuerza y vida en sus palabras miente.

Una tribu elegante y voluptuosa
de otro país de fuentes y de flores,
los cimientos fundó donde reposa,
para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó más piadoso ó más prudente,
cambióla en templo por sellar su gloria;

y tal vez dijo al Dios Omnipotente:
Tuyo es el nombre, mía la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
del Sumo Dios bajo el excelso nombre,
para ser á los tiempos revelado
como página histórica de un hombre.

Mas, apilando el tiempo los despojos
de los mismos valientes que la hicieron,
vasto sepulcro levantó á sus ojos
donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy, al caer del templo la grandeza,
muestra el coloso, al expirar su imperio,
que ha cobijado su mortal corteza
templo, historia, palacio y cementerio.

I

Con ceño sombrío mira
el Tajo que á sus pies corre,
y al despecho que la inspira,
con las gargantas suspira
de sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo,
en su abatimiento y mengua,
la frente cerca del cielo;
y, para hablar con el suelo,
trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonía
todo su cuerpo estremece,
y al oirla se creería
que crece así su alegría
cuanto su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,
incapaz de tanto ruido,
vibra fatigado el viento,
dejando el confuso acento

por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
hay música tan liviana,
que en su murmullo infernal
canta y llora y ríe insana
con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van
lo que sus clamores son;
que á veces tristes están,
pidiendo por los que van
á eterna condenación.

Y en su clamor muestran bien
otras el alegre fin,
pues revoltosas se ven,
cual si colgadas estén
por heraldos de un festín.

Otras, en su inquieto afán,
ruedan y vibran, según
con los clamores que dan,
al mundo anunciando están
placer ó luto común.

Y en vez de agudo esquilón,
de la tarde anuncia el fin
el doblar de la oración,
que apaga su ronco son
del horizonte al confín.

Y á su movimiento enorme
rueda en el cóncavo hueco
de la bóveda el informe
postrer quejido del eco
con vibración uniforme.

A su paso, estremecidas,
oscilan allá en las sombras
las lámparas suspendidas,
dibujando en las alfombras
sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento

todo el templo y se estremece,
cual fantasma de un momento
que alza el rostro macilento
y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver
los vacilantes reflejos,
las sombras al repeler,
los objetos á lo lejos
sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
las verjas de oro amarillas,
canceles de aquel palacio
que dividen el espacio
de la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
detrás de los altos hierros,
entre marmóreas labores,
cumpliendo así sus destierros,
dormidos los fundadores.

Se ven, al rayar el día,
en los pintados cristales,
cómo luchan á porfía
la claridad que lucía
y los rayos matinales.

Entonces, el sol brillante
que á las ventanas asoma,
su fogosa luz gigante
en la llama agonizante
de las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
y entran por los rosetones
las sombras huyendo dél,
plegándose en los rincones
en fantástico tropel.

La luz del templo señora,
por el templo derramada,
saluda al Dios que ella adora,

por las losas prosternada
ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
y en los robustos pilares
se quiebra picante y clara,
y bulliciosa se ampara
del oro de los altares.

Que joven y rica y bella
en la riqueza se posa,
y en los diamantes destella,
y en la joya más vistosa,
para competir con ella.

Porque el astro-rey le envía
á que sus galas ostente,
y en la bóveda sombría
vierta la lumbre del día,
revoltosa y transparente.

II

Se oyen después los pasos medidos
del sacerdote, y la crujiente seda
del manto que, los lienzos desplegados,
por el sonoro pavimento rueda;

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
con que á cumplir con su misión le incitan,
soplando bajo el mudo pavimento,
las osamentas que á sus pies dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
se sienten rechinar las verjas de oro,
se escuchan las católicas cantares
vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
postrarse humilde, y bendecir la vida,
y alzar del suelo la humillada frente,
de la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
que las palabras del Señor repite,
cantadas por que el pueblo las comprenda,
solemnes por que el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
la voz robusta de las trompas de oro,
como por la cascada caen rodando
aguas y espumas en tropel sonoro.

—

Y en los aires á torrentes
vierte la música santa
por la céntuple garganta
de los tubos de metal;
y en sus cánticos remeda,
con el prolongado acento,
el ronco bramar del viento
ó el crujir del vendaval.

Ó finge en son temeroso
la aguda lengüetería
la discorde gritería
del infierno en rebelión;
ó con lamento apagado
canta al justo moribundo,
saliendo alegre del mundo
sin ira en el corazón.

Canta el placer de la esposa
que inquieta al esposo aguarda;
canta al esposo que tarda
á sus puertas en llamar.
Ó entonando del Profeta
la sacrosanta salmodia,
sublimemente parodia
el fuego de su cantar.

Y llora con Jeremías,
y entona en arpa de flores
los voluptuosos amores

del sabio rey Salomón;
canta los cedros del Líbano,
la castidad de Susana,
y Jezabel la profana,
y el vigoroso Sansón.

Ó, en tonos más desmayados,
la postrera despedida
que dió á la penosa vida
el Hacedor de la luz;
ó más lánguido remeda
las lágrimas de María
cuando, en el terrible día,
lloraba al pie de la cruz.

Mas pasan las santas horas
y cesa la voz que canta,
y el pueblo que se levanta
murmura á su vez también:
se oye el rumor de sus pasos
que por las naves se alejan,
y las capillas que dejan
abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote,
que sordás preces murmura,
cruza con planta insegura
por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
y las cortinas de seda;
y, hacinadas en manojos,
se oyen las llaves chocar.

No queda en el santo templo
más que el ambiente de aroma,
la luz del sol que se asoma
por el pintado cristal;
las tumbas de las capillas
y los pálidos reflejos
de lámparas que á lo lejos
penden de un arco ojival.

Pasa el sol, viene la tarde,
y el día desaparece,
y la negra sombra crece,
y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
en la calada ventana,
y lo que *ayer* fué *mañana*,
mañana se dice *ayer*.





EL DÍA SIN SOL

Dies irre, dies illa
Solvat seclum in favilla.

INTRODUCCIÓN

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
que tanto para hacerle fué preciso;
hízole de la tierra soberano,
y le dió por palacio el paraíso.

Ágil de miembros, la cerviz erguida
orlada de flotante cabellera,
los claros ojos respirando vida,
luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos,
vieron los ojos luz, gustó la boca,
olió el olfato, oyeron los oídos;
todo es placer cuanto pasando toca.

La hierba perfumada en la colina
dióle un lecho do yace blandamente;
y derramóse en torno cristalina,
deshecha en perlas, la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
regalada y dulcísima armonía,
desde el follaje vasto y opulento
que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
que vaga suave, inquieta y juguetona,
dobló la frente, y con igual sonrisa
el sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
con su ruido turbar su manso sueño,

y volando las aves arrullaron
el reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
de tornarla en placer buscó manera,
y una mujer bellísima, amorosa,
le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante,
acabada de pechos y cintura,
de enhiesto cuello y lánguido semblante,
rebotando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
negras las cejas, blanca la mejilla,
rasgada de ojos, blanda la mirada,
do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena,
la blanca espalda de la luz velando,
hallóla Adán al despertar serena,
sus varoniles formas contemplando.

.....

El bosque susurró manso murmullo,
los peces en las ovas asomaron,
las tórtolas alzaron casto arrullo,
y amorosos los céfiros soplaron.

—¡Alma mía, mi amor, paloma mía!...—
el hombre sollozando murmuraba;
ella muerta de amor le sonreía,
y él muriendo de amor la enamoraba.

.....

Tú, rojo sol, entonces, si los viste,
¿por qué amantes y solos les dejaste,
y la infernal serpiente no adormiste,
que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay, cuánto ahorraras de miseria y llanto
del hombre flaco á los mortales ojos!
¡Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines
vedado al paladar de los nacidos;
no anidaban en él los colorines,
ni daba flor, ni sombra ni sonidos.

Yacía Adán en brazos de su amada,
y Eva miraba el prohibido fruto;
al lado de la poma codiciada,
traidor velaba el enemigo astuto.

—¿No comerás—le dijo la serpiente—
criatura de origen soberano?
Pudieras, como Dios omnipotente,
otro mundo crear de polvo vano.

No comerás, y quedarás sujeta
al privilegio inútil de su hechura;
quedará el alma entre su nada quieta,
y á ti te llamarán la criatura.—

Sintió el orgullo la mujer curiosa
que brotaba en carmín á la mejilla,
y á la fruta tendió la mano ansiosa,
vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
árboles, aves, céfiros y fuentes,
y en su lugar fatídicos quedaron
troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el león, crespando la melena;
lanzó el tigre su ardiente resoplido;
bufó en el bosque la traidora hiena;
el toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas,
las aves por el aura agonizante;
el fresco valle marchitó sus galas;
tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adán absorto y mudo
al desusado y bronco clamoreo,
y avergonzado se miró desnudo,
la carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas

guarecerse en tropel de los peñascos,
y buscar sus guaridas socavadas
de las montañas en los hondos cascós.

Hirióle el sol las débiles pupilas
al recio impulso de fogosa lumbre,
y halló en el cielo, en aplomadas filas
de frías nubes torva muchedumbre.

Y sintió que perdía de improvisó
la gracia de su Dios con la inocencia,
y trocóle en infierno el paraíso
el nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
que con rubor entrambos no nacieron,
y, del crimen común arrepentidos,
uno del otro con vergüenza huyeron.

—¡Adán!—exclamó Dios llamando al hombre,
y el eco en las montañas respondía;
—¡Adán!—repitió Dios, y el mismo nombre
el eco mismo á repetir volvía.

¿Do estaba Adán? Llorando prosternado,
por vez primera de su Dios temblaba,
y, humillado en el polvo,—¡Yo he pecado!—
respondía á la voz que le llamaba.

—¡Adán!—gritó el Señor,—cuenta tus horas,
porque vendrá una hora en que te veas
dando cuentas al Dios ante quien lloras;
y hasta entonces, Adán, ¡maldito seas!





LA TORRE DE FUENSALDAÑA

I

Yo he sentido bramar al ronco viento
del helado Diciembre en noche oscura,
remedando de un hombre el triste acento
de roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
purpúrea llama de sonante leña,
y el ámbito vibraba estremecido
al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal, resto desnudo,
sin tapices, sin armas, sin alfombra,
hoy no cobija su recinto mudo
más que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
bajo el nombre sin crónica conserva,
y en las bóvedas, torres y pilares
brota á pedazos la pajiza hierba.

Los pájaros habitan la techumbre,
y la tapiza la afanosa araña,
y eso guarda la tosca pesadumbre
del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
pasaba alguna vez bajo sus muros,
por contemplar el desgarrado aliño
de sus huecos recónditos y oscuros.

Allí, en delirios de amistad perdida
y en infantiles prácticas sabrosas,
adormecí las cuitas de mi vida
y las horas de noches pavorosas.

Allí, al calor de la humeante hoguera,
de las cóncavas piedras al abrigo,
oía el viento rebramando fuera,
y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
robustas torres, góticas almenas,
que la furia del viento rechazaban
sobre el cimientto colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
repetida en los aires por el eco,
moría, en sus bramidos sofocada,
de la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones,
como estertor de agonizante pecho,
acompañada en compasados sonos
sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras, en melancólica armonía,
remedaba lamentos y suspiros,
y otras, en repugnante gritería,
el vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas,
al sacudir la destocada frente,
remedaba el hervir de las cascadas
y el áspero silbar de la serpiente.

Ó en revuelto y confuso torbellino,
la ruinosa terraza estremeciendo,
de la tendida lona en son marino
semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
cruzando el valle con airado paso,
y crujían los árboles añejos
como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
le oíamos rozar el firme muro,
como en hondo tonel hierven las heces
que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido,

las desiguales piedras azotando,
y en los huecos colgar ronco mugido,
y el seco musgo arrebatarse pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
con espantable son en las troneras,
y estrellarse, y crecer hasta perderse,
barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos,
en las rejas meciéndose colgadas,
dibujaban contornos repentinos
de espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento,
desplomados los vidrios de colores
en el mal alumbrado pavimento,
reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
rodando en torno de la mustia hoguera,
entre la llama pálida soplaba
blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro,
al cruzar murmurando en las ventanas,
nos revelaba en armonioso coro
música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
que coronaban los silvestres pinos
con el gotear entre las juncias flojas
de los turbios arroyos campesinos:

De los atentos perros el ladrido,
y el canto agudo del despierto gallo,
con el inquieto y bélico alarido
del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
locos fantasmas de soñados cuentos,
y sostenía, apenas fatigada,
el peso de los ojos soñolientos.

Entonces, á la sombra cobijados
los pies á par de la expirante lumbre

cedían nuestros párpados cansados,
más que á la voluntad, á la costumbre.

Y á cada chispa del tizón postrero,
á cada empuje del turbión errante,
á cada voz del pájaro agorero
que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
en derredor del descompuesto fuego,
levantando los ojos perezosos,
que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
se pintaba la sombra misteriosa
de volubles contornos revestida,
de cuerpo inmenso, de color medrosa.

Gozábamos al fin insomnio inquieto,
delirando festines y batallas,
con tumultos sin época ni objeto,
con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
en una tierra mágica y lejana,
deleitados en cóncavos oscuros
con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco, deshechas las visiones,
soñábamos son sombras infinitas,
donde se oían apagados sonos
de invisibles orquestas exquisitas.

Y más tarde, las sombras vacilando
entre pardo crepúsculo naciente,
íbense luz y sombras alejando
de la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
sus contornos al fin desvanecían,
y en un salón, sin lámparas ni alfombras,
sólo estaban dos locos y dormían.

II

Y era grato al son del viento
abrir el párpado al día,
y contemplar soñoliento
su confuso resplandor
á través de las abiertas,
hondas y estrechas ventanas,
y de las hendidas puertas
de los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
con turbio cendal de niebla,
sobre los campos posada,
interceptando el mirar;
y oír la ráfaga inquieta,
que al vendaval sustituye
en la acerada veleta,
sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
que en la noche nos turbaron
en bóvedas y rincones,
de opaca lumbre al lucir,
en escombros convertidas,
musgo y tintas con que al tiempo
las murallas carcomidas
plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes,
en vez de ricos tapices,
tender su baba y sus redes
al insecto descortés,
que entre los nombres tranquilos
las labra de los viajeros,

cubriéndolos hilo á hilo
sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
en los blasones del muro
hilar con paciente maña
sus hebras para cazar;
y en la recóndita grieta,
la presa que vuela en torno,
vigilante, astuta y quieta,
á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
hallar de rincón ruinoso
el rastro de un hormiguero
que en el verano pasó;
que en el foso nació acaso,
mas no contento en el suelo,
con irreverente paso,
hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
de la torre de Saldaña,
de sus techos y salones
la mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Cuánto puedes,
tú que indiferente escribes
sobre cráneos y paredes
la cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
hoy trojes de rico hidalgo,
y en sus salones oscuros
ancha hoguera levanté;
corrí llaves y cerrojos
cual si de ellos dueño fuera,

y sus tablas y despojos
para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años,
ni su nombre y dueño antiguos...
y para insultos tamaños
¿quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste ó un loco
que, divertido en sus penas,
curaba entonces muy poco.
de cuanto grande vivió.

Y á fe que, libre y contento,
á la lumbre de mi hoguera,
en tanto bramaba el viento,
tranquilamente dormí;
y al despertar con el día,
contemplé absorto y ufano
la gruesa mampostería
que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
con la turbia húmeda niebla,
y el fulgor tornasolado
cruzaba por el salón.
El aire, en fuerzas cediendo,
brotó en ráfagas errantes,
y aun se le oía gimiendo
con menos airado son.

Miré desde las ventanas
al árido campo seco;
algunas hierbas livianas
encontré no más en él.
El aire las sacudía
y la niebla las mojaba;

escaso arbusto crecía
del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
guarecidas asomaron
en los rotos alquitrabes
su misterioso mohín;
mirélas indiferente,
y al rumor de mis pisadas
hundieron la negra frente
del nido cóncavo al fin.

Entonces, de la alta cumbre
el sol rasgando la niebla,
derramóse en viva lumbre
de trémulo resplandor;
y en los pardos murallones
trazó cuadros luminosos,
alumbrando los salones
de cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
de la llama repentina,
de aquellos rincones viejos
en la antigua soledad,
bulleron miles de insectos
asomando por las grietas,
monstruosos por lo imperfectos,
raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
del tosco templo vecino,
en compases regulares,
desvanecerse y crecer;
y el órgano y las campanas,
al roto soplo del viento,

ya perdidas, ya cercanas,
en él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
pasó la mañana inquieta;
mis años hora por hora
á contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
y lamenté su amargura,
yo vivo con mi tristura,
mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso,
por llegar á Fuensaldaña,
aceleraron el paso
de aquella noche después;
mas ¡ay del hombre mezquino!
¿Quién encontrará mañana,
entre el polvo del camino,
la huella de nuestros pies?



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ

Stabat Mater dolorosa
juxta crucem lachrymosa
dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
su lumbre en opacas nieblas,
y, crespón de tanto duelo,
tendió la sombra en el suelo
anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
ni una fiera por la roca,
ni entre el musgo amarillento
asoma reptil hambriento
la desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
en sordo tumulto brama,
vibrando en turbios espejos
tornasolados reflejos
que por la playa derrama.

Ni una brisa ni un gemido
el aire pesado encierra,
que, doliente y abatido
yace, sin fuerzas tendido,
las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras
en la alta región inmables,
ciñen en bandas oscuras
la lumbre de las alturas
con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
el negro ambiente cruzando,



amaga pronta tormenta,
una natura alumbrando
dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza
se dobla en el tallo seca,
y de la hierba pajiza
sostiene la raíz hueca
campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada,
en torpe paso el Jordán
arrastra el agua pesada;
una con otra amarrada,
sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales
por donde las ondas crecen,
los penachos desiguales
saludándolas no mecen
palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
el mundo en reposo inerme
curioso se contemplaba,
cual de despertar acaba
un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas
cerrando los horizontes,
en dobles hileras puestas,
las enmarañadas crestas
de los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos,
alzando las blancas losas
los esqueletos agudos,
sacaron, de asombro mudos,
las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
lo que era triste saber;
ninguno acertó á dudar
lo que salió á contemplar

y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador
asomó el gesto confuso
mirando en su derredor;
de rodillas, de pavor,
sobre la piedra se puso.

—¿Es ésa mi raza?...—dijo
hiriendo la calva frente;
y llorando se maldijo,
á su Dios mirando fijo
en un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
malditos en él también,
los otros yertos despojos,
volvieron hacia Salén
los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
está la impía ciudad,
como meretriz impura
que falsa ostenta hermosura,
merced á la obscuridad.

Y el Gólgota misterioso
levantado detrás de ella,
entre ufano y vergonzoso
con un suplicio horroroso,
rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho,
desconocido y deshecho,
el cuerpo desconyuntado.

Tan rasgadas las heridas

de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas
á no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y, en el peñasco en que corre,
avaro el viento la orea.

Allí, por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María,
con el suplicio abrazada,
la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero,
asombrado la miraba;
que sola en dolor tan fiero,
á su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé!...
¡Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué;
yo su sangre derramé
y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos,
sin respeto á su deidad;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas á pedazos.

Y Tú, Madre, en tu dolor,
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos
demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,

te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
que si te vieron acaso
los hombres en quien pequé,
cual brezo que estorba el paso
te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así!...
¡Tú, que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de ti!

¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!

¿Tus ojos llorosos tanto,
cuando al sol prestan su luz?
¡Oh, Madre! ¡Por tal quebranto,
que me salve á mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

—

Yo tengo un recuerdo
de edad más dichosa;
Tú, Madre amorosa,
lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
de afanes segura,
soñaba ventura
mi loca niñez.

.....

Que aun no me acosaban
mis débiles años
con duelos y engaños
de vana amistad;
aun no de mis horas
de paz y esperanza
rompió la balanza
la estéril verdad.

El aire era un velo
de ricos colores;
brotaban las flores
á impulso del sol;
la noche tranquila,
que en paz me velaba,
del cenit colgaba
su turbio farol.

La vida era un sueño
ligero y flotante;
fingí, delirante,
del mundo un jardín;
creí que los días
que pasan huyendo,
felices volviendo,
serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
recuerdo que un día,
tu santa agonía
contar escuché:
contábala un hombre
con voz lastimera:
tan niño como era,
postréme y lloré.

El templo era obscuro:
vestidos pilares
se vían, y altares
de negro crespón;
y en la alta ventana

meciéndose el viento,
mentía un lamento
de lúgubre son.

La voz piadosa
tu historia contaba;
el pueblo escuchaba
con santo pavor.
Oía yo atento,
y el hombre decía:
—¡Y quién pesaría
tamaño dolor!

El Hijo pendiente
de cruz afrentosa;
la Madre amorosa
llorándole al pie...—
El llanto anudóme
oído y garganta;
con lástima tanta
postréme y lloré.

La voz conmovida
seguía clamando;
el viento zumbando
seguía á la par;
el pueblo lloraba
postrado en el suelo;
contaba tu duelo
la voz sin cesar.

Mi madre, á sus pechos
mi pecho oprimiendo,
posaba gimiendo
sus labios en mí;
y yo, Santa Virgen,
en son de querella,
no sé si por ella
lloraba ó por ti.

Tu imagen estaba
doliente á mis ojos;

mi madre de hinojos
oraba á tus pies:
por quién lloró entonces
mi pecho afligido,
ya nunca he podido
saberlo después.

¡Mi madre tan joven,
tan bella y penada;
mi madre adorada
llorando también!
Perdón, ¡oh María!
Soy hijo y la adoro;
su aliento y su lloro
quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
en ámbito estrecho
latir en su pecho
sentí el corazón;
el niño creía
y oró al Crucifijo...
El niño era hijo
y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas
de cuita y de duelo,
amparo en el cielo
con ansia busqué;
tu nombre me trajo
mi fe solitaria,
y en honda plegaria
tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
mundanos pesares;
también tengo altares,
y fe y religión:
que el gozo y la risa
que ostento en la frente,
del alma doliente

la máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado,
no hallé en mi abandono
más luz que tu trono,
más paz que tu amor;
y ciego y perdido,
sin lumbre y sin guía,
á ti te pedía
llorando favor.

A ti que llorabas
el día tremendo
que viste muriendo
al Dios de la luz.
¡Oh Madre, que el día
de cuentas y espanto
me salve tu llanto
al pie de la cruz!

—

¡Madre mía! Si en tu cielo
se oye el murmullo mundano,
y mi cántico liviano
en su cóncavo sonó;
si la estéril armonía
llegó á ti del arpa loca,
y los himnos que mi boca
sacrílega murmuró:

Tiende los divinos ojos,
¡oh Madre! desde la altura,
que es polvo la criatura,
cieno, y nada encontrarás;
que en la senda de la vida,
cada paso que adelanta,
más débil la torpe planta
se acerca á su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,
que allá, en la niñez tranquila,

por ti la clara pupila
con mis lágrimas nublé;
que hubo un día en que, escuchando
la historia de tus pesares
delante de tus altares,
acongojado lloré.

Olvidate que, insensato,
sin curar de tus dolores,
canté profanos amores
del arpa lúbrica al son;
acuérdate que, nacido
de flaca y terrena gente,
tengo de tierra la mente
y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
que nací niño y desnudo,
y que hoy á tus pies acudo
mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
cambia en himnos inmortales
los cánticos criminales
que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
en tu noble amparo fijo,
ruega ¡oh Madre! por un hijo
al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
de justicias y de espanto,
que me salve á mí tu llanto
al pie de la santa cruz.





Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula:
tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida

gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y el Tajo á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan;
y en tanto que sueña el triste
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura;
y tan á la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos,
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra,
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,

que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro á la calle,
resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?—y á corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—¿Quién va?—repite; y, cercana,
otra voz menos robusta
responde:—Un hidalgo. ¡Calle!—
y el paso el bruto apresura.
—¡Téngase el hidalgo!—el hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle—
repusieron con medida—;
que hasta hoy á nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone—
dijo el mozo en faz de fuga;
pues, teniéndose el embozo,
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo
á sus gentes que le acudan.
Un negro, por ambas bridas
tomó la cabalgadura;
cerróse detrás la puerta,
y quedó la calle muda.

En esto, desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Iván de Acuña,
y huyeron, en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigante.
Se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
Á lo lejos en la vega
tiende galán, por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más á los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra

que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
á su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de zahares.
Allá, por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre *Babieca*,
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve al castillo
de San Servando, ó Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde Don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que político y constante
tuvo siempre el brazo quedo,
las palmas al horadarle.
Allí está el Circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales

por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino á los toledanos
hacia las murallas abren;
los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes,
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo, de seguro,
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle,
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
Una mujer también sola
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida

en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:
—Abreviemos de razones,
Diego Martínez: mi padre,
que un hombre ha entrado, en su ausencia,
dentro mi aposento sabe;
y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave:
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.—
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y, echando á un lado el embozo,
repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
el año estaré de vuelta,
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave;
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
—Júralo—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale,
no te valdrá un juramento.
—¡Vive Dios que estás tenaz!



—Dalo por jurado, y baste.
—No me basta; que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
—¡Voto á Dios! ¿Qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano,
del Santo CRISTO delante.—
Vaciló un punto Martínez;
mas, porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un Crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:—Diego, ¿juras
á tu vuelta desposarme?—
Contestó el mozo:—¡Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había;
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,

su vuelta aguardando en vano;
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía á ver
al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero, siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,

y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Iván acudía
llorosa y desconsolada:
el padre no respondía;
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro pasó,
y el tercer año corría.
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena:
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,

y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido,
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,

y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y, sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro;
hierro al cinto suspendido,
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,

y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,
gritando:—Diego, ¿eres tú?—
y él, viéndola de través,
dijo:—¡Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es!—

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
encomendóla á su gente,
diciendo:—¡Malditas viejas,
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,

allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey, á su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que, olvidando todo,
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán Don Diego,
ni se ablanda á sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse,
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.

Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán Don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que á Inés llevaran,
de grado ó de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.—
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el rey gobernador,
el justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente

del Tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en disorde son
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo á gritos:—¡Justicia,
jueces! ¡Justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
de Don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés Don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.

- ¿De qué?
—De una prenda hurtada.
- ¿Qué prenda?
—Mi corazón.
- ¿Tú le diste?
—Le presté.
- ¿Y no te le han vuelto?
—No.
- ¿Tienes testigos?
—Ninguno.
- ¿Y promesa?
—Sí, ¡por Dios!
que, al partirse de Toledo,
un juramento empeñó.
- ¿Quién es él?
—Diego Martínez.
- ¿Noble?
—Y capitán, señor.
- Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—El capitán Don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
- ¿Sois el capitán Don Diego—
díjole Don Pedro—vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
- ¿Conocéis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento
de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí, juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente: juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—¡Llamadle! Tengo un testigo.

¡Llamadle otra vez, señor!—

Volvió el capitán Don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse,
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No; que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,

á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos:
tu testigo es el mejor;
mas, para tales testigos,
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos.
Escribano: al caer el sol,
al CRISTO que está en la vega
tomaréis declaración.—

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro, entre perfumes,
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,

y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*,
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme,
y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento

oraron allí en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas;
detrás el gobernador,
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:

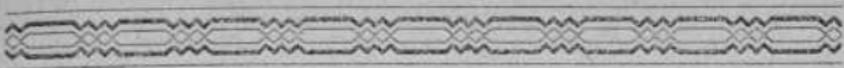
—*Jesús, Hijo de María,*
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas:
¿juráis ser cierto que un día,
á vuestras plantas divinas,
juró á Inés, Diego Martínez
por su mujer desposarla?—

Asida á un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada,
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y, allá en los aires, ¡SI JURO!
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y Don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano esclavada
el Crucifijo se ve.





AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
en hebras de purísimos colores,
y brotan, al calor con que la baña,
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
y la estremecen sobre cien jardines
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
en su verde llanura se derraman,
y á su confín, en playas españolas,
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias;
su grandeza y tesoros son sin cuento,
y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y, afrenta de las tierras más remotas,
vense allí, como en otro Paraíso,
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes;
las cañas del Jordán, en son incierto,
arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
las vides de Falerno allí se olean,
y los de Jericó mustios cipreses
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos y granados y morales,
ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría,
y por sus anchas y fragantes rosas
sus rosas la trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente;

que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
para asentar en ella su morada:
los hombres á quien de ella despojaron
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores
estremecían á la par la Alhambra.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero rey había tocado
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! ¡Levántate y despierta,
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará á tu puerta,
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua avergonzados,
te cercarán los tigres españoles,
y echarán sobre tí, desesperados,
de siete siglos los sangrientos soles.





Á UN ÁGUILA

—
ODA

Sube, pájaro audaz, sube sediento
á beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbre;
sube, batiendo las sonantes alas,
de las etéreas salas
á sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
los cielos frente á frente,
y de cerca á tu Dios, ave altanera;
y que si el ronco torbellino crece,
vigoroso te mece,
siendo un impulso más á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino
cruzen por tu camino,
si en vuelo altivo y temerario arrojo
la tormenta te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
confusión tumultuosa
que se afana en subir cuando tú subes,
si á su impotente y torpe movimiento
fuerza le falta y viento,
cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,
águila voladora,

que, abandonando nuestra tierra obscura,
emperatriz del viento te levantas,
y solitaria cantas
de los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
las cítaras de oro
de los santos y célicos festines;
y tal vez mires en distancias sumas
las espléndidas plumas
de los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes ¡oh reina soberana!
el infinito *Hosanna*,
y en torno al cielo respetuosa giras,
y en el cóncavo ambiente solitario
del místico incensario
el ámbar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
que arrastran rutilantes
esos soles que ruedan en la esfera,
en cariñosa voz y amago blando
te acarician pasando
al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
del esfuerzo y fatiga,
de arcángeles tal vez acariciada!
Bien hayas tú, que, despreciando el suelo,
pides osada al cielo
libre, tranquila y liberal morada!

¡Bien hayas tú, que, lejos del inmundo
pantano de este mundo,
no sientes el dolor de los que lloran,
ni el vergonzoso son de las cadenas,

ni las de angustia llenas
quejas sin fin de los que ayuda imploran!

Ni oyes la bronca voz de la impía guerra
que ensordece la tierra
y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
ni del vasallo el desvalido lloro
en derredor del oro
que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
recinto de ventura,
águila emperatriz, hija del viento,
y dejarnos aquí, ya que no osamos,
pues cobardes lloramos,
gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que, esclavos de otros dueños,
en indignos empeños
las ajenas hazañas aplaudamos,
y al ajustar nuestras contiendas fieras,
las ajenas banderas
y el extrajero pabellón sigamos.

Mientras, cruzando la región vacía,
tú en infinito día
la farsa ríes de la humana gente,
y al son de sus dementes alaridos
registras los perdidos
vaporosos espacios del Oriente.

Tú desde allí, en las ráfagas mecida,
segura y atrevida,
contemplas la mezquina y baja tierra,
la miseria del hombre y su inmundicia,
su orgullo y su injusticia,
sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
del aire y del sol gloria,
desde la calva inmensurable peña
ves cómo se abre trabajosa calle
por el angosto valle
la armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones
dieron á sus legiones
tu vencedora imagen por bandera;
y tú en el viento, sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron;
que á la fin tropezaron
en Roma y Babilonia y Santa Elena,
y allí vencidos la cerviz hundieron,
mientras, al morir, te vieron
rasgar el viento á tí, libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
águila poderosa,
ave del sol y de la luz querida!
¡Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
trepar pudiera al cielo
una esperanza de mi amarga vida!

¡Oh, si alcanzara, cándida María,
perdida gloria mía,
á enviarte con esa águila un suspiro!
¡Si alcanzara esa osada mensajera
á decirte siquiera
que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
perdido encanto mío,

tierna, amorosa y muerta ya María!
¿En qué aura vaga tu fragante aroma?
¿En qué escondida loma
me velas hoy tu cáliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
y tiéndeme tu mano,
y dime dónde estás para mirarte;
para que tengan luz los ojos míos,
y se acallen bravíos
los duelos de mi vida al adorarte.

¡Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
por la región perdida
donde espléndido el sol alza su oriente!
Y si aun es dado á tu gigante vuelo
escudriñar del cielo
la ignorada mansión resplandeciente,

Busca á mi vida, y dila que aun la adoro,
y dila que aun la lloro,
al ronco son de la cansada lira;
pregúntala si, lejos de esta tierra,
en ese que la encierra
alcázar celestial, por mí suspira.

¡Los Césares así y los Napoleones
leguen á sus legiones
tu vencedora imagen por bandera,
y tú en el viento, sin temor ni vallas,
al son de sus batallas
duermas ufana, libre y altanera!

¡Sube, pájaro audaz, sube sediento
á beber en el viento
del rojo sol la esplendorosa lumbre!
¡Sube, batiendo las sonantes alas,

de las etéreas salas
á sorprender la luminosa cumbre!

No te importe que el sol y el torbellino
cruzen por tu camino;
sigue tu vuelo en temerario arrojo,
que el huracán te riza mansamente,
y el sol resplandeciente
como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
mi lastimero acento,
sigue cruzando á las etéreas salas;
que los roncós preludios de mi canto
son los ayes del llanto
que me arranca la envidia de tus alas.



EL PASO DE ARMAS DE D. BELTRÁN DE LA CUEVA

I

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
y el rey la brida dorada
asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
las cortesanas más bellas,
y á su vez los caballeros
sirven de palafreneros
á los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen
sobre esclavos orientales:
los pajes detrás se tienen,
y el orden al fin mantienen
mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor
y detrás pueblo y tumulto;
en el centro va el valor,
y en la fiesta, mal oculto,
el orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
las cotas hechas pedazos;
orgullosos todos van,
y el amor probando están
las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
asidos á las cimeras
de los ufanos jinetes,

y usurpan tocas ligeras
el lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
y de rojas banderolas,
flotan en suelto equipaje
los velos blancos de encaje
de las damas españolas.

No aprisionan los corceles
guanteletes ni escarcelas,
sí terciopelos y pieles,
y ellos van libres y fieles
sin temor á las espuelas.

Solamente más severos,
aunque no siendo mejores,
tras el rey van altaneros
pacíficos caballeros,
los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando
las atenciones rëales,
en rico y vistoso mando,
sobre mulas van pasando
obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
todo es oro cuanto brilla,
y osténtanse allí á la vez
los hidalgos de más prez
de León y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
de ambos reinos acudieron,
y descuidando sus danzas,
osados en esperanzas,
diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor
cualesquiera liza es buena;
y el moro batallador
sabe siempre que es mejor
lidiar en cristiana arena.

Allí, en los andamios, miran
sus máscaras las hermosas;
sus alientos se respiran,
y á sus miradas aspiran
las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
sobre sus negros corceles,
diez árabes caballeros,
silenciosos y severos,
envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,
la negra barba crecida,
el corcel de oro cubierto,
todo muestra la atrevida
generación del desierto.

Y aunque, cuanto audaz cortés,
culto en usos y lenguaje,
siempre se alcanza, á través
de su magnífico arnés,
algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla
rey, pueblo y embajadores;
y al son del clarín que estalla
van á ofrecer la batalla
al rey los mantenedores.

Llegó á sus pies Don Beltrán,
y díjole audaz:—Señor:
aquí mis nobles están,
que sus lanzas medirán
con vuestra lanza mejor.

Y pues, por encarecellos
vuestra real esplendidez,
fiestas quiso concedellos,
para no ser menos que ellos,
he aquí campo á nuestra vez.

Como tan buenos vasallos,
de las damas requerimos

las bridas de los caballos;
y pues á aquesto venimos,
ó combatir, ó soltallos. —

Y echando el guante en la arena,
brida volviendo á su gente,
el campo en torno resuena
con largo aplauso que llena
cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos
rasgando los atabales,
fueron ocupando atentos
la multitud sus asientos,
y los reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores
á un lado, y á otro los jueces,
al son de los atambores,
á los nuevos lidiadores
requirieron por tres veces.

Lanzáronse hacia la liza
hasta cuarenta jinetes,
y en su línea movediza
el aura estremece y riza
crestones y marlinetes.

Tascan espumoso el freno
impacientes los bridones,
henchir queriendo su seno
con los belicosos sonos,
de que el aire tragan lleno.

Entonces, desde una tienda
de los que el campo mantienen,
al lugar de la contienda
un caballo por la rienda
dos pajes bajando vienen.

Por si quisiera lidiar,
al rey le ofrecen corteses;
advirtiéndole á la par
que mejor no lo ha de hallar.

ni con mejores arneses.
Partieron los lidiadores
el sol de la liza igual,
y, al son de los atambores,
retados y retadores
aguardaron la señal.





EL CAPITÁN MONTOYA

I

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar,
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
á caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y vense por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino
en dos les divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.

Y es así; que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
un convento solitario,

en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
—Aquí—dijo—esperarás—.

Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la obscura
sombra se fué la figura,
hasta perderse, menguando.

Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado
siguió inmóvil y embozado
en la densa obscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos,
con las lluvias socavados,
hervían encenagados
sin cauce ya los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba á más de un paso,
ciega la vista sin ella.

Ni señal se percibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval que crecía.

Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
á esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza,
pisada al agrio rumor,
les volvió su guardador .

sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve:

Como un entallado busto
de alguno que allí murió,
y allí ponerse mandó
por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría
que, si cerca dél pasara,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz
y en compañía blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aquí;
y volviendo yo á mi cuento,
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
de espera á expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento
su vibración, cuando el guía,
alguien notó que venía
por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
y oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto,
y— *¿Quién va?*—el amo y el mozo

Preguntaron á la par;
mas, conocidos los sones,
asieron de los bridones
y volvieron á montar.

Y es fama que, menos fiero,
 el señor con el criado,
 dejóle andar á su lado
 como digno compañero.

.....

II

AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar
 por lo que van espoleando,
 corren dos hombres cruzando
 á caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
 mas bien se ve al pie de un cerro
 una cruz grande de hierro
 que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es,
 aun á los ojos peores,
 que son dos los corredores,
 y los caballos son tres.

Echó pie á tierra el primero,
 y, al dar la brida al de atrás,
 le dijo:—Aquí esperarás.—
 Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando
 del caballero en la obscura
 sombra se fué la figura,
 hasta perderse, menguando.

Y aquí, ¡oh, mi lector amigo!
 fuerza será que convengas
 en que es preciso que vengas
 hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,
 y, de una verja detrás,

un atrio acaso hallarás
á pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes;
da un paso más, y con él
tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?

Acércate sin temor;
que lo que alcanza por dentro
no hace temible el encuentro
del capitán reñidor.

Tú, lector, preguntarás:
—¿Conque el capitán es ése?—
El mismo, mas que te pese;
pero hazte un poquito atrás,

Porque, levantando el brazo,
empuja á espacio la puerta,
entró, y, dejándola incierta,
sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte
con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega:
todo lo presenciarás;
que del poeta á eso y más
el poder mágico llega.

Está el capitán en pie
en medio de la ancha nave,
y á la verdad que no sabe
ni qué pasa ni qué ve.

El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
muchas gente haciendo duelo,

y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
entrelazados blasones,
y, á la luz de los blandones,
un cadáver en su cúmulo.

Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste,

Y parece que, al bajar
el que ha finado á su nicho,
memoria tuvo capricho
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.

Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
é hisopos le purifican
el cuerpo que yace inerme.

Mas, aquellas oraciones
y responsorios precisos,
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.

Á veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,
murmurando incomprensibles
negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
se hacen oír otras veces,
y entonces aquellas preces
hielan los huesos de miedo.

Otras, semejan aullidos
discordes, desesperados,
lamentos de condenados
de los infiernos salidos

Otras, lejanos rumores
cual de tormentas se escuchan,
ó de ejércitos que luchan
los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
los sones que se levantan,
responsos á un tiempo cantan
y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena
extraña y aterradora
que encuentra tan á deshora
y le asombra y enajena,

Don César, con paso lento,
entre la turba mezclado,
dirigióse á un enlutado
que oraba en aquel momento.

—¿Quién es el muerto sabéis—
dijo—á quien rezando están?—
Y él respondió:—*El capitán
Montoya. ¿Le conocéis?*—

Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal;
mas no lo tomó tan mal
como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues,
diciendo:—*Me ha conocido,
y burlárseme ha querido;
mas luego verá quién es.*—

Siguió la iglesia adelante,
y una capilla al cruzar,
vió un sepulcro preparar,
entre otros varios, vacante.

Y á un personaje que halló

de luto, y que parecía
que el trabajo dirigía,
el capitán se acercó.

—*¿Para quién abren la hoya?*—

le dijo. Y el enlutado
le contestó de contado:

—*Para el capitán Montoya.*—

Mudósele la color
á Don César; mas, repuesta
su calma, al de la respuesta
volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,
pero no le conoció;
segunda vez le miró,
pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás
le hubiese visto la cara,
ni imaginó que la hallara
tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto
de aterradora hediondez,
que, por no verla otra vez,
dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar,
diciendo:—*¡Ese hombre estremece!*
De aquel sepulcro parece
que le acaban de sacar.—

Uno tras otro se puso
á contemplar los que vía;
mas á nadie conocía,
de lo que andaba confuso.

Tenían todos las caras
descoloridas y secas,
y dijeran que eran huecas,
á más de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
y á impulso de una aprensión,

llegóse á un noble varón.
que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:
—¿Quién es el muerto?—y muy quedo
contestó el otro:—*Montoya.*—

Del catafalco á los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella;
trepá al túmulo; la caja
descubre, ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin, consternado, dijo:
—¡Cielo santo, y quién soy yo!—

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que á sí mismo
en aquel féretro ve.
Aquél es su mismo entierro,
su mismo semblante aquél:
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver

y le torna á revolver;
cree que sueña, y se sacude,
porque despertarse cree,
y tiende el triste los ojos
desencajados doquier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
á las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
Don Fadrique y Doña Diana,
que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae á sus pies.
—*¡Miradme!*—les dice atónito;—
Montoya soy; vedme bien.—
Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer,
é inclinando las cabezas,
replican:—*Montoya fué.*—
Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
vase otra vez hacia el muerto,
demandándole quién es.
—*¿No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?—
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
—*Sí, te conozco, mi bien.*
Abre. ¿Qué tardas? Partamos:
yo soy tu amor, soy tu Inés.—
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas, viéndola cual espectro
que le persigue á su vez,

esperanza me infundían,
tras vos eché.

—¡Santo Dios!

—¿Y llegastes...?

—Á la iglesia.

—¿Atraído por el son?

—Señor, no he oído nada.

¿No os lo dije?

—¿Cómo no?

¿Dentro la iglesia no viste
los enlutados en pos
de mi cadáver?—Miróle
absorto de admiración
el mozo, y dijo:—Soñamos,
ó vos, Don César, ó yo.
Ni vi ni oí cosa alguna.

—¿Conque es mía esa visión?

¡Á mis ojos solamente
horrenda se presentó!

¿No viste conmigo á nadie?

—Os juro á mi salvación
que solo os hallé tendido
al pie del altar mayor,
y viendo el peligro doble
del sitio y la situación,
ni me detuve á pensar
si estabais herido ó no;
cargué con vos, y me vine:
ni oí ni vi más, señor.—
Calló Ginés, y Don César
á estas palabras quedó
distráido y abismado
en honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
de la faz del capitán
la extraña transformación.

Desencajados los ojos,
palidecido el color,
torvo el mirar, parecía,
más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz do él le posó,
inmóvil permanecía
sin fuerza y sin atención,
amarrado á un pensamiento
que bullía en su interior,
y que se vía que todas
las potencias le absorbió,
como quien mira aterrado
negra y horrible visión
que le borra de los ojos
cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
por su juicio y su razón,
dirigióle atentas frases
con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
ni á sus voces respondió,
ni agradeció sus cuidados,
que en nada puso atención;
y al cabo de largo trecho,
con repentino vigor
levantándose en silencio,
en su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
y el poderoso bridón,
tras un peligroso brinco,
á todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
y en su ruin superstición
dijo:—¿Si tendrá los malos?—
Y á escape tras él echó.

.....

Y ha poco había en sepultura humilde,
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo, al fin, sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
leer en medio de la antigua losa:
*«Aquí yace Fray Diego de Simancas,
que fué en el siglo el capitán Montoya.»*





GLORIA Y ORGULLO

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

¡Lejos de mí! No basta á mi reposo
el rumor de una fuente que murmura,
la sombra de un moral verde y pomposo,
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa,
sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar á gigante, enano vivo;
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»,
y descender estúpido al olvido;
amo la vida porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
brotó en mi corazón ardiente llama;
luz de mi ser me abrasa la memoria,
voz de mi ser inextinguible clama.

*¡Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso!*

Nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo al murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita,
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por ti el delirio del honor se adora;
por ti el hinchado mar hiende el marino;
por ti su gruta el penitente llora,
y empuña su bordón el peregrino.

Por ti el soldado se vendió á sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes;
por comprar una lágrima mañana.

Por ti le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor á una querida;

por que tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por ti del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez, entre la tosca hiedra,
otro día, al pasar, le lea un hombre.

Por ti acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente, mientras vela,
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma,
por ti con templos y palacios pisa;
por ti su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por ti vencida se incendió á Corinto;
por ti la sangre en Maratón se orea;
por ti una noche, con aliento extinto,
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por ti trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfía;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche obscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y un mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando son del agua me adormece,
y entre pardos y errantes nubarrones,
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menean,
de la tórtola triste el ronco arrullo,
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrella en sus cristales
ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! Si sentís esa ilusión tranquila;
si creéis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruge en la tormenta obscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente
ya el bronco empuje del errante trueno,
ya el blando ruido de la mansa fuente
lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si, cuando llamo á las cerradas rejas
de una hermosura á cuyos pies suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas,
y os sonreís cuando de amor deliro;

Si, cuando en negra aparición nocturna
la raza evoco que en las tumbas mora,
os estremece en la entreabiarta urna
respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,
hijo extraviado, ante mi madre lloro,
ó al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
cuando os entono lastimosa endecha,

una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados deshecha;

Todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa;
no es ésa la verdad que honda me inspira;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia.
¡Es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! ¡Madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza,
cercado de paisajes halagüeños!

¡Dame ilusiones, dame una armonía
que arrulle el corazón con el oído,
para que viva la memoria mía
cuando yo duerma en eternal olvido!

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo,
templo en mi corazón alzaros quiero;
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.





IRA DE DIOS

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

En un confín recóndito del cielo,
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, obscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Edén murmura,
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura;
ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,
ni retumbó la cóncava techumbre
más que al rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
que aquel recinto por doquier rodea,
hace el pavor de quien se acerca doble,
y doble el caos á quien ver desea:
sólo se alcanza entre las altas puntas,
que el recio vendaval nunca cimbreá,
entre dos torres del alcázar juntas
un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,

ni se sabe cuyo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente;
ni arcángel sabio, ni profeta diestro
de este sitio alcanzó confusamente
más que la lumbre del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
en este alcázar negro y escondido,
donde nunca llegó pie temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni más sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las arcas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
que al son de aquellas aguas se adormece
y á los ojos de Dios sólo visible,
al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
cuando deja el lugar do se guarece,
el rayo ardiendo y el carcax al hombro,
pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
la eternidad existe en su memoria:
él sólo del sagrado firmamento
entera sabe la infinita historia,
y al solo ruido de sus negras alas,
á su sola presencia transitoria,
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
arcángel torvo que las vidas cuenta,
vela de Dios el arsenal ardiente

y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible,
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el germen del relámpago pajizo,
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele,
y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle, en el fondo envenenado,
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
instrumento de la ira omnipotente,
germinan en rebaño formidable
las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios, en torpe muchedumbre,
se apiñan á beber la luz caliente
de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
á ejecutar la voluntad divina
el misterioso espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.

Arcángel fiero, portador de enojos,
ase la copa y por doquier camina,
el aire inflama sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
bajo sus alas cruje; desgredada,
de armas y quejas con estruendo bronco,
la guerra detrás de él va despeñada;
y asidas á las orlas de su manto
van tras él, con la muerte descarnada,
la peste, el hambre, y el amor y el llanto,
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
y entolda su magnífica apariencia;
el disco de la luna se enrojece,
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes que su sombra evitan
se chocan y se rompen con violencia,
y cometas doquier se precipitan,
presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
y con gigante voz muge y atruena;
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
pisa en el valle y de feter le llena;
y en la ciudad que á perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena.

Y ése el arcángel fué que inexorable
lanzó al desnudo Adán del Paraíso,
y, de su raza en él junta y culpable,
fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado

el ¡ay! postrero que exhaló sumiso
el Dios que de la mancha del pecado
borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
del pueblo santo ante el becerro impuro;
sentenció á Baltasar y á Babilonia
con tres palabras que pintó en el muro;
inspiró al receloso Ascalonita
el degüello fatal, y abrió seguro
nicho á Faraón, que con su gente habita
del indignado mar el fondo obscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
llevó á Jerusalén á Vespasiano;
en una noche convirtió á Sodoma
en lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio,
cegadas al impulso soberano,
y encendió las entrañas del Vesubio,
que busca sin cesar otro Herculano.

Y ése será el espíritu tremendo
cuya gigante voz sonará un día,
y á su voz, de la tierra irá saliendo
la triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos;
y cuando toque el orbe en su agonía,
cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,
¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.





CANTOS DEL TROVADOR

INTRODUCCIÓN

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
que henchidas de perfume se perdían
entre los lirios y las frescas rosas
que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
en rápido tropel las impelían,
y ahogaron la estación de los amores
entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
en torno de la antigua chimenea,
y acaso la ancha sombra recordamos
de aquel tizón que á nuestros pies humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
que pase la estación adusta y fea,
en pereza febril adormecidos,
y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
nos lanzamos doquier, y orgias sonoras
estremecen los ricos aposentos
y fantásticas danzas tentadoras;
porque antes y después caminan lentos
los turbios días y las lentas horas,
sin que alguna ilusión de breve instante
del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
sueños de oro y de luz, mi dulce vida,

no os dejaré dormir en los salones
donde al placer la soledad convida:
ni esperar revolviendo los tizones
el yerto amigo ó la falaz querida,
sin que más esperanza os alimente
que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
venid, yo halagaré vuestra pereza;
niñas hermosas que morís de amores,
venid, yo cantaré vuestra belleza;
viejos, que idolatráis vuestros mayores,
venid, yo os cantaré vuestra grandeza;
venid á oír en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el trovador que vaga errante:
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante;
que yo sé de los bravos caballeros
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que á cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores;
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines:
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora

que del aliento del querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia;
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia, á par que en su opulencia,
celebraré su fuerza ó sus azares,
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias:
que en alas de la ardiente poesía
no aspiro á más laurel ni á más hazaña,
que á una sonrisa de mi dulce España.





LAS NUBES

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
del cénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón,
y el puro azul alegre del firmamento manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes;
avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
los huecos obscurecen de entrambos horizontes;
el orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas:
doquier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
del tenebroso velo que le embozó detrás;
que cuando más los ojos se empeñan en buscarle,
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
y se las ve en montones sin límite crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;
ya de volcanes ciento los inflamados hornos;
ya de movibles monstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
las desiguales copas y el campo desigual;
ya informes pelotones de objetos peregrinos
que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
cuando retumba el trueno y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
el Hacedor supremo del universo va,
y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos
estudia y sus cimientos, por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la crujiente rueda
con impotente saña caminará Luzbel,
y porque allí cegarle su resplandor no pueda
agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
que circundó la cumbre del alto Sinaí,
en tanto que el ardiente misterio impenetrable
que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
en inflamadas fuentes la cólera de Dios;

acaso sea alguna la que en los mares toma
las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor! yo te conozco: la noche azul, serena,
me dice desde lejos: «*Tu Dios se esconde allí.*»
Pero la noche obscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: «*Tu Dios se acerca á ti.*»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
en esa ardiente nube con que ceñido estás;
el resplandor conozco de tu semblante santo
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
detrás de esos nublados que bogan en tropel;
conozco en esos grupos de lóbregos vapores
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
del repentino trueno en el crujiente son;
las chispas de tu carro conozco en las estrellas,
tu aliento en el rugido del rápido aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presencia
más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día; tu soplo es la existencia;
tu alfombra el firmamento; la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta;
si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
mi corazón henchido del fuego del profeta
cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
mecidas por las auras del oloroso Abril,
más grata que del Fénix las últimas congojas,
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuoso que el eco del torrente
que cruza del destierro la inmensa soledad,
más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda la ronca tempestad.

Mas ¡ay! que sólo puedo postrarme con mi lira
delante de esas nubes con que ceñido estás,
porque mi acento débil en mi garganta expira
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
y aunque mi vista impura tu aparición no ve,
mi alma se estremece y ante tu faz de hinojos
te adora en esas nubes mi solitaria fe.





OFRENDA POÉTICA

AL

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

(6 DE NOVIEMBRE DE 1848)

Sueños hermosos de la infancia mía,
¿á qué sobre las alas de oro y rosa
volvéis á mi exaltada fantasía?
¿Qué buscáis? ¿Vuestro hogar? Ceniza fría
guarda no más vuestra mansión dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;
las delicadas flores que dejaron
vuestras manos, ornando vuestra estancia
perdieron su frescura y su fragancia
y marchitas al fin se deshojaron.

El fecundo jardín que cultivasteis
es hoy salvaje selva enmarañada;
nada hallaréis de lo que aquí dejasteis.
Sueños de mi niñez, ¿á qué tornasteis?
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna;
la edad os arrojó de vuestro asilo:
lecho de la ambición es vuestra cuna,
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo
un altar á la gloria la fortuna.

Genios, que del Pisuerga en la ribera,
al rumor soñoliento de sus olas

á oir llegasteis mi canción primera;
tejed para mi negra cabellera
fresca diadema de tempranas violas.

¿Recordáis, fabulosos geniecillos,
aquel pálido niño que corría
vuestras lomas cubiertas de tomillos,
probando en vuestros toscos caramillos
su mal seguro aliento? ¿Qué os decía?

«Por la gloria excusad que os abandone;
yo espero en Dios y de mi aliento fío
que oiga mi patria, cuando yo le entone,
un cántico en su honor, y que me abone
por buen hijo con ella el canto mío.»

Y os dejé, y cuanto débil atrevido
el premio á disputar entré en la lucha.
«Óyeme», dije al mundo, y el oído
prestando, el mundo mi canción escucha.
Sueños de mi niñez, ¿seré vencido?

Fe de mi corazón, sosténme ahora;
luz de mi inspiración, no te consumas;
voz de mi pecho, exhálate sonora;
pensamiento veloz, he aquí la hora
de tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mío!
por la región divina y encantada
de la imaginación, y el dulce pío
róbale al ruiseñor, que al son del río
da al viento su canción enamorada.

Róbale al mar, que con desdén se mece
en su lecho de arena, su murmullo;
y á la brisa que el árbol estremece,

y á las tórtolas tiernas que guarece,
con su ondulante pabellón, su arrullo.

Pide á una blanca y vaporosa nube
que en sus brazos de gasa te levante,
y á la región del firmamento sube
y por favor demándale al querube
su arpa de oro y su voz por un instante.

Lánzate; cruza el éter infinito;
búscame cual mi aliento les ansía
el vigor y la fe, que necesito
para ahogar en torrentes de armonía
al mundo, que me mira de hito en hito.

Ve que me espera ya; tu vuelo afana,
pensamiento veloz. En tal momento,
mortal mi corazón, mi voz humana,
temo que he de pedir con ansia vana
fuego á mi inspiración, aire á mi aliento.

No: le veo que el límite traspasa
de la bóveda azul: un rayo quita
al sol, y el aura transparente y rasa
volviendo á atravesar, se precipita
sobre este corazón y me lo abrasa.

Suelta tu voz, ¡oh corazón! al viento:
de tu humilde temor desecha el pasmo:
gracias da al mundo que te escucha atento:
lo que falta á tu ruin merecimiento
llenen la gratitud y el entusiasmo.

Benigna sociedad, amigos fieles,
y vosotros, de Fidias y de Apeles
y de Homero y de Píndaro rivales,

excusadme estas glorias terrenales,
apartad de mi frente los laureles (1).

Las vuestras, en verdad, que no la mía
merecen reposar bajo su sombra:
vosotros me cedéis con hidalguía
un honor, que me embriaga de alegría,
pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberana
cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía
de mis cantos tal vez? ¡Jamás profana
mi lengua de ella mentirá! No es mía
mi noble inspiración; Dios me la envía.

Dios, que da voz al viento y á las aves,
y ecos al mar, que en tumbos se levanta,
roncos en su ira y en su calma suaves,
es quien presta á mi voz sus ecos graves
para cantar su omnipotencia santa.

Por eso audaz entre vosotros canto
y mi humilde cantar con fe levanto:
porque el poeta, del Señor recibe
fe y voz, para ensalzar con estro santo
la tierra en que nació, la fe en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,
para tan suma dignidad pigmeo,
el templo de la excelsa poesía
tal vez profano; porque iluso creo
que Dios inspira la impotencia mía.

(1) El Liceo de Madrid ofreció al autor, en una sesión pública dedicada á él, una corona y un magnífico álbum: el autor leyó esta composición en aquella noche, regalando al Liceo mil ejemplares impresos de ella.

Por eso en ella por cantar me afano
la gloria y prez con que la edad pasada
vió tremolar el pabellón hispano
en el remoto mundo americano
y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oídos
ofende el rudo son del arpa mía;
mas de sus cuerdas, roncós desprendidos
exhálanse los bárbaros sonidos
ricos de fe, si pobres de armonía.

Vosotros, cuya fe potentes halla
plumas para cernerse sobre el suelo
donde preso mi espíritu batalla,
profesores ilustres, vuestro vuelo
tended: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiración: la fe del arte
es hija de la fe de la creencia:
no la busquéis jamás en otra parte;
la cruz es de la gloria el estandarte:
Dios es la luz; Dios es la inteligencia.

Si colores queréis, mirad al cielo:
si llenar los espacios de armonía,
si animar de los mármoles el suelo,
de las obras de Dios alzad el velo,
que Dios perfectas las produce y cría.

Mas perdonad á mi saber profano
de ilustraros las necias pretensiones.
¿Qué puedo á vuestro genio soberano
enseñar con mis ruines concepciones,
yo, del jardín del arte ruin gusano?

Y vosotros también, ¡hijos del canto!
sobre el cieno del siglo en que vivimos

enalteceos: vuestro origen santo
testificad al enjugar el llanto
de la raza mortal de quien nacimos.

Cantad: ni el hombre de su vieja historia
sin vuestros cantos la verdad supiera,
ni el justo digno de alabanza y gloria
de sus nietos vivir en la memoria
más alta de su túmulo pudiera.

Bálsamo saludable que en el suelo
derrama la esperanza y el consuelo
la poesía es. ¡Cantad, poetas!
¡Volad como volaron los profetas
en alas de sus cánticos al cielo!

¡Volad! De envidia vil sin la mancilla,
surcar el oceano de la gloria
os veré yo contento, y en la orilla
descubierto y en tierra la rodilla,
bendeciré al morir vuestra memoria.





MARÍA

INTRODUCCIÓN

Voy á contaros la divina historia
de una mujer á quien el alma mía
adora, y de quien son nombre y memoria
objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
no se aparta de mí noche ni día
su casta imagen: mi pasión, mi dueño,
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora:
la conocí y la amé desde tan niño,
que de mi infancia dividió la aurora
entre mi madre y ella mi cariño.
Su imagen tuve en mi primera hora
enfrente de mi cuna: el desaliño
del lecho maternal me la dejaba
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
aprendió á balbucear: nombre tan suave,
que se le hiciera al comparle agravio
al son del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del universo sabio
otro más dulce componer no sabe:
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
percibiendo la luz del nuevo día;
vaga en las nieblas de la noche obscura;
reposa en un rincón del alma mía.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
le bendigo en mis horas de alegría;
tres veces cada sol mi fe cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge,
y el alma suelta que apresó su mano;
el mar se aduerme, que soberbio muge;
tórñase el huracán aire liviano;
expira el trueno, que rodando cruje;
se disipa en la atmósfera la peste,
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
sabe ya que le adoro; yo le he escrito
mil veces en mis versos, y le quiero
escribir otras mil. Nombre bendito,
luz de mi fe, de mi placer venero,
quiero que halle en mi voz eco infinito,
quiero que dure más que mi memoria,
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
para que el polvo de mi ser reciba
sobre la piedra funeral se grabe;
quiero que el dedo del amor lo escriba
sobre mi corazón, para que lave
con su pureza mi maldad nativa;
porque la tierra, á su vital contacto,
deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mía,
celebrar á la faz del universo

de este nombre la santa poesía,
con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
de este glorioso nombre, y que disperso
por sus espacios mi cantar resuene,
y que su nombre el universo llene.

Azucenas de Abril, dad á mi aliento,
al pronunciar su nombre, vuestro aroma;
auras de la arboleda, el suave acento
dadme del ruiseñor y la paloma,
en palabra al tornar mi pensamiento;
plantas donde su miel la abeja toma,
dadme de vuestros jugos la dulzura
al hablar de su gloria y su hermosura.

Expirad á su nombre, terrenales
cantares y profanas relaciones;
desvaneceos, vientos mundanales
que embravecéis el mar de las pasiones;
venid á oirme y preparad, mortales,
á la luz y al placer los corazones,
porque en verdad os digo que es su historia
más grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creéis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo;
venid los que buscáis la sombra triste
del solitario altar, en lo profundo
del templo abandonado, que resiste
al vendaval del siglo furibundo;
venid, y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo nombre de *María*.

María, emanación del puro aliento
del infinito Creador; *María*,
augusta emperatriz del firmamento,

gozo del triste, del perdido guía;
 madre buena del huérfano, alimento
 del alma casta, luz que en la agonía
 más allá del sepulcro, en lontananza
 alumbraba la región de la esperanza.

María, arca sellada, guardadora
 del tesoro inmortal de la clemencia
 de Dios; ser de su ser, fe del que ora,
 santuario del pudor, de la inocencia
 pabellón perfumado, sombreadora
 palma triunfal del Gólgota, excelencia
 de los mundos creados, poesía
 del paraíso y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
 tal es el nombre y la mujer que adoro;
 yo me prosterno ante su nombre santo,
 y á la Señora de los cielos oro.
 Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
 que nada soy para quien es no ignoro;
 mas me infundió mi madre su cariño,
 y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del cenit resplandeciente!
 Voy á ser el cantor de tu existencia;
 mas tus ojos alumbran el Oriente,
 los astros de placer á tu presencia
 tiemblan, corona el sol tu regia frente,
 calza tus pies la luna, tu excelencia
 no alcanza á comprender la criatura...
 ¿Qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás á darme
 para hablar de tu gloria soberana;
 tú me darás vigor, para elevarme
 sobre el turbión de la impiedad mundana;

tú vendrás con tu manto á cobijarme
cuando al morir me den tumba cristiana,
y yo á tus pies invocaré tu nombre,
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado
gigante voz y corazón altivo;
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
mas de la fe de mis creencias lleno,
con firme voz y corazón sereno.





EL DULCE NOMBRE DE MARÍA

(13 DE SEPTIEMBRE)

¡Estrella de la mar, Virgen *Maria*,
de la infinita creación Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
de fe, vida y placer engendradora;
y al corazón del hombre da alegría,
miel á sus labios, música sonora
á su oído, á su ánima consuelos
en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata
que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebató
en bosque ó llano, población ó sierra;
cuantos el viento en su extensión dilató
probándolos al mar que los encierra,
no imitaron jamás la melodía
del dulcísimo nombre de *Maria*.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
sonidos y palabras celestiales,
para explicar la melodía santa
que atesora su nombre á los mortales.
Mas su nombre inmortal ¿cómo se canta
con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
la miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura
no manche su esplendor cuando le alabe;

ni encarecer su mística dulzura
torpe la humana inteligencia sabe;
ni en comprensión de humana criatura
la concepción de su excelencia cabe;
ni osar puede á tan gran merecimiento
más que la fe que asalta el firmamento.

Perdona, pues, Emperatriz divina
si para celebrar tu nombre santo
conceptos de él indignos imagina
mi comprensión, al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
á ponderar tu nombre excelso tanto
con miserables símiles profanos
y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
que componéis la mágica armonía
del globo universal: susurradores
murmullos de la noche, melodía
de los ecos del valle, zumbadores
gemidos de las auras, poesía
del son con que la hoja, el agua, el ave,
en lengua hablan á Dios que *Él* sólo sabe.

Prestad á mi garganta
el acordado ruido
de vuestra lengua santa,
de *Él* sólo comprendido;
la voz que sólo para Dios levanta
cuando con voz por *Él* creado ha sido,
prestádmela un instante,
porque la lengua mía
como vosotros cante,
y mi bárbara y tosca poesía
embelese la tierra,
procurando imitar la melodía

que en sus letras suavísimas encierra
el dulcísimo nombre de *María*.

Nombre de bendición y de esperanza,
como expresivo santo,
mayor que todo extremo de alabanza,
de admiración y canto,
abarca y simboliza
en la expresión que encierra
cuanto la débil existencia hechiza,
cuanto del sumo cielo á ver alcanza
el mísero mortal desde la tierra.
Nombre más grato al alma y más sonoro
que la conmovedora salmodía
que en la nave del santo monasterio
alza de monjes reverente coro,
la fiesta honrando de solemne día
con los sonos del órgano y salterio;
más grato que el arábigo perfume
que allí aventado en incensarios de oro
ante el altar brillante se consume,
cuyo humo azul en espiral se eleva
por el aire incoloro,
que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
del extraviado guía,
para el alma apenada que le implora
es ámbar y ambrosía;
y más que nombre bálsamo divino,
el erial de la vida fertiliza
y en la carrera del mortal destino
alivia las fatigas del camino
y las llagas del alma cicatriza.
Más deliciosa que la mansa calma
tras huracán bravío y estridente,
más que en el haz del arenal ardiente
la sombra de la palma.

¿Quién explicar ni comprender sabría,
ni con qué á comparar se atrevería
en el lenguaje mundanal mezquino
el misterio secreto, peregrino,
del dulcísimo nombre de *María*?

¿Oisteis por ventura
en la nocturna soledad serena
cantar en la espesura
de la floresta amena
á la alegre y canora filomena?
¿La oisteis en el viento
mezclar el suave acento
de su amoroso pío
con el trémulo son de la onda pura,
con que el sonoro río
fecunda de los olmos la verdura?
Pues más dulce es aún que la armonía
del son del agua y del cantar del ave,
la melodía mística y suave
del dulcísimo nombre de *María*.

¿Habéis guiado acaso
del mar por las orillas
el descarriado paso,
las blancas arenillas
con distracción pisando,
la música escuchando
y el manso movimiento
absortos contemplando
del oleaje lento
con que la mar en calma
distrae el pensamiento
é infunde, sus recuerdos inquietando,
memorias melancólicas al alma?
¿Habéis prestado oído

al hervoroso ruido
de la flotante espuma
que deja en el arena,
y que, antes que se suma
entre sus granos, suena
con bullidor murmullo,
á cuyo vago misterioso arrullo
embebecida el alma se adormece?
Pues música más dulce es todavía
que la del mar que arrullador se mece,
para aquel que le invoca con fe pía,
el dulcísimo nombre de *María*.

¿Imagináis por suerte
del náufrago expirante
que lucha con la muerte,
cuál es la penetrante
y rápida alegría,
si ve poco distante
la nave protectora cuyo amparo
cable oportuno y salvador le envía?
¿Imagináis el ansia con que avaro
de salvación aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
al percibir que el cable le retira
de la salobre mar, y cuando vuelto
en sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es más dulce al corazón humano,
náufrago errante por la mar sombría
de la miseria y del dolor mundano,
invocar el auxilio soberano
del dulcísimo nombre de *María*.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fía!
Dulce será su postrimera hora

y dulce su agonía;
y al cerrarse sobre él la sepultura
para emprender, temblando de pavora,
de la tremenda eternidad la vía,
María de su alma protectora
alumbrará su eternidad sombría.





PLEGARIA

Maria, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escribeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
por que jamás intente
apostarse en él.

María, soberana
de cuanto el orbe encierra,
rocío de la tierra,
estrella de la mar,
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.

Maria, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón;
tu nombre será el agua
que el mío purifique
de cuanta en él radique
maligna inclinación.

Maria, luz del cielo
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia

y del saber raudal;
tu nombre será antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi agitada mente
la lobreguez letal.

Maria, cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son;
tu nombre será fuente
do beban su armonía
mi tosca poesía,
mi pobre inspiración.

Maria, á cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina á perdonar;
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al expirar,





LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA

INTRODUCCIÓN

En el nombre de Alah clemente y sumo
que da sombra á la noche, luz al día,
voz á las aves y á las hierbas zumo;
cuya suprema voluntad podría
tornar de un soplo el universo en humo
y que atesora en mí su poesía,
escrita os doy para su eterna gloria
del príncipe Al-Hamar la regia historia.

Bálsamo que disipa la amargura,
luz del pesar sombrío ahuyentadora
es su sabrosa y celestial lectura,
risueña como fuente saltadora;
grata como del campo la verdura,
bella como la grana de la aurora,
tierna cual de la tórtola las quejas,
dulce como el panal de las abejas.

Destila de sus versos ambrosía
su dulce narración maravillosa;
exhala su fecunda poesía,
grato como la esencia de la rosa,
mágico son de incógnita armonía;
y cual lluvia de Abril, que lenta posa
sus gotas en la flor, vierte en el alma
su amena relación plácida calma.

Encierran sus conceptos peregrinos
misteriosa virtud y fuerza varia;
aplacan el rigor de los destinos
elevados á Alah como plegaria;
regalan á quien lee sueños divinos
leídos en la alcoba solitaria,
cuya influencia y compañía amiga
calman del cuerpo la mortal fatiga.

No hay ser bajo el imperio de la luna
que su lección sagrada no comprenda,
ni Alah produjo criatura alguna
que no sienta placer con su leyenda.
El pez á quien abriga la laguna,
el ave que del árbol hace tienda,
la fiera que entre rocas se sepulta,
el reptil que en los céspedes se oculta.

Y en su colmena el zumbador insecto,
y en su corteza el rööedor gusano,
y el árbol recio en su vigor perfecto,
y el aire inquieto en su vagar liviano,
y el sordo incendio en su humear infecto,
y en su ciego furor el oceano
prestan oído respetuoso y grato
al armónico son de su relato.

Esculpido en las hojas de sus flores
se guarda en el Edén por altos fines;
y los justos en él habitadores,
los ángeles que velan sus confines,
las huris que alimentan sus amores
y los genios que pueblan sus jardines,
gozan en descifrar sus caracteres
en la paz de sus místicos placeres.

Tal es la historia peregrina y bella
que os doy en estas hojas extendida,

para que el pasto y el deleite de ella
os alivien las penas de la vida;
pues la luz que en sus páginas destella
despierta el alma á la virtud dormida,
y eleva el corazón y el pensamiento
á la pura región del firmamento.

Y aunque en idioma terrenal y humano
para la humana comprensión la escribo,
de espíritu más alto y soberano
su luminosa inspiración recibo.
Guía mi corazón, guía mi mano,
ser á quien dentro de mi ser percibo,
y el genio ardiente que en mi pecho habita
la palabra me da que os doy escrita.

Leedla, pues, y el ámbar que perfuma
del Paraíso la mansión divina,
y el resplandor que de la esencia suma
derramado los mundos ilumina,
y el rumor que levantan con su pluma
las alas de Gabriel cuando camina,
embalsame y alumbre y dé contento
á cuantos lean el divino cuento.





EL LIBRO DE LAS PERLAS

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
oculto del espacio tras la cortina azul,
que arregla de los astros la incógnita carrera,
señor de las tinieblas, origen de la luz,
del *Libro de las Perlas* comienzo la escritura
en verso claro y fácil á comprensión común.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lectura
raudal de fe sincera, venero de salud!

¡Oh genios invisibles que erráis en las tinieblas
en grupos impalpables sobre alas sin color!
Vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,
que amigos de las sombras aborrecéis al sol;
vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos
que pueblan el espacio con misterioso son,
y comprendéis los cantos, murmullos y gemidos
con que susurra el árbol y canta el ruiseñor;

Vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
los áureos miradores del desvelado rey,
llenáis de miedos vagos sus horas de desvelo
con los siniestros ruidos que á su cristal hacéis;
vosotros, que á la reja del camarín estrecho
do la cautiva sueña con su perdido bien,
con vuestro aliento puro enviáis hasta su lecho
mil bellas ilusiones de amor y de placer;

Vosotros, favoritos del genio y la armonía,
que á par de las abejas saltáis de flor en flor,
la gota estremeciendo titiladora y fría

con que el rocío baña su virginal botón,
de vuestra poesía verted en mí el tesoro,
lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
por que mi mano pueda sacar del arpa de oro
las cláusulas que dignas de mi relato son.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
en la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh genios de la noche! divinizad mi canto,
y *El Libro de las Perlas* guiad hasta su fin.

Guiad en él mi pluma,
iluminad mi mente,
y á la belleza suma
de asunto tan gentil
haced que el pensamiento
se eleve noblemente,
y llegue al firmamento
mi acento varonil.

Yo trazo aquí el relato
de tan divina historia,
yo pinto aquí el retrato
de tan divino ser,
que la palabra humana
ni la mortal memoria
querrán con ansia vana
contar y comprender.

Mi historia es tanto bella
cuanto la lumbre vaga
de solitaria estrella
en recio temporal;
cual la canción doliente
que caprichosa maga
murmura de una fuente
bajo el fugaz cristal.

No hay lengua que la cuente
ni mano que la trace;
el cuadro en vuestra mente
fingid más ideal;
el tono que á vuestra alma
más predilecto place
dadle, y la luz, la calma
que falta al mundo real.

Encima figuraos
de secular colina,
cuando el nocturno caos
platea el resplandor
de la modesta luna,
que, amante sin fortuna,
eterna peregrina
del sol tras el amor.

Fingíos una extensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla: figuráosla
en la estación viciosa
que abrir hace á la rosa
su pétalo gentil.

El céfiro de aromas
cargado nos orea
la faz; brotan las lomas
con juvenil vigor
mil hierbas, con que el viento
inquieta juguetea
con manso movimiento
y lánguido rumor.

Fingíos una vega
que parte en cien pedazos

de un río que la riega
el líquido cristal,
que caprichoso extiende
los transparentes brazos
doquier que el cauce tiende
su lecho desigual;

Fingíos esta vega
cuya cubierta verde
al horizonte llega
y en su extensión se pierde
poblada de castillos,
de caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas,

De huertos pintorescos,
de arroyos cristalinos,
de bosquecillos frescos,
de móviles molinos,
de blancos palomares,
rebaños y yeguas,
bodegas, colmenares,
establos y toradas;

Fingid que en ella alcanza
la vista por doquiera
la campesina danza,
á que en tranquila holganza
y en amistad sincera,
tras del trabajo ociosa
se entrega bulliciosa
la alegre multitud;

Fingid este relato
oído al son sencillo
(mas cual ninguno grato)

del tosco caramillo,
y al trémulo y quejoso
balar del cabritillo,
y al canto trabajoso
del soterrado grillo;

Fingíos que, lejana,
del monasterio antiguo
doblando la campana
con su clamor despierta
al perro, que está alerta
en el redil contiguo
y en demostrar se afana
ladrando su inquietud;

Y atento el ojo tiende
al campanario viejo
de donde el son se extiende;
y ve el móvil reflejo
del esquilón, que gira,
y el resplandor le admira
del bronce que repele
los rayos de la luz;

Fingíos este suelo
tan bello coronado
con un hermoso cielo
de transparente azul,
en cuyo fondo puro,
quebrando el horizonte,
sobre el perfil obscuro
del apartado monte,
por cima del convento
mansión de la virtud,
pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
del árbol sacrosanto de la eternal salud,
destácanse en el campo del limpio firmamento
los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.

¿Tenéis en la memoria
 tan mágica pintura?
 ¿Miráis esta llanura
 tan bella cual mi pluma pintároslo intentó?
 Pues es más halagüeña,
 más plácida y risueña
 la celestial historia
 que en este libro frágil os voy á contar yo.

El Libro de las Perlas
 encierra en sus concetos
 la historia y los secretos
 de un ángel favorito de su inmortal Señor.

Venid á recogerlas;
 que Dios, que el Paraíso
 por cuna darle quiso,
 dió á par á sus palabras de perlas el valor.

De perlas elegidas
 en las de más pureza,
 más precio y más belleza;
las perlas de la gracia, las perlas de la fe:

Las perlas que, vertidas
 por su divina mano,
 harán del ser humano
 que recogerlas sepa, un ángel como él fué.

Todo en silencio duerme
 en la arboleda umbrosa
 donde Al-Hamar reposa;
 en calma universal
 yacer parece inerte
 naturaleza entera,
 cual si á sopor cediera
 de atmósfera letal.

La cuádriga argentina
 del carro de la luna

su curso al mar declina;
y de su carro en pos,
sombria, taciturna,
su negro velo tiende
la lobreguez nocturna
ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante
que radian las estrellas
da apenas expirante
su postrimer fulgor;
reflejo moribundo,
que cuando expire en ellas
hará del ciego mundo
un bulto sin color.

Ya lo es. Doquier se carga
de espesa sombra, y queda
sumida la arboleda
en densa obscuridad.
Indefinible encanto
doquier la vida embarga;
exhala pavor santo
la muda soledad.

Y he aquí que en este punto,
del fondo de la fuente
que arrulla mansamente
el sueño de Al-Hamar,
la faz resplandeciente
de un genio que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó á elevar.

Tocó en el haz del agua
su cabellera blonda;
quebró la frágil onda

su frente virginal;
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y á unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

Como vapor ligero
del lago se levanta;
cual de aromosa planta
exhálase el olor;
cual del albor primero
del día que amanece,
fantástico aparece
el vago resplandor;

Del agua cristalina
así elevó serena
su aparición divina
el genio celestial,
cuyo contorno aéreo
rodea alba aureola
que el valle tornasola
con luz matutinal.

Al fuego repentino
que en torno á sí derrama,
soltó su alegre trino
despierto el ruiseñor;
su voz de rama en rama
las auras extendieron,
y en cánticos rompieron
mil aves en redor.

Dió un paso en la pradera,
y al agitar el viento
su rica cabellera,
el aire se aromó;

dejó escapar su aliento,
y cuanto allí vivía,
su aliento de ambrosía
con ansia respiró.

Y entonces la callada
blanca visión llegando
donde por sueño blando
vencido está Al-Hamar,
los céspedes por lecho,
la mano perfumada
le puso sobre el pecho,
y así le empezó á hablar:

—Ilustre y venturoso
caudillo Nazarita,
tu místico reposo
bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
con mi visión, se agita
medroso en vano; escucha
mi voz, rey Al-Hamar.

Mi voz es la armonía
cuando habla á un ser amigo
de Dios, y es lo que digo
más dulce que la miel;
mi origen es el cielo,
mi edad es la del día,
mi esencia es el consuelo,
mi nombre es Azäel.

Yo soy un ángel y era
el ángel más perfecto,
el ser más predilecto
del sabio Criador.
Moraba yo en la esfera

más alta y más vecina
á la mansión divina
de mi inmortal Señor.

Un día... ¡día aciago!
cruzóme fugitivo
la mente loca un vago
delirio criminal;
pensé, mirando altivo
mi esencia y mi hermosura,
que no era criatura
á las demás igual.

Imaginé que origen
más puro y soberano
me pudo dar la mano
del Hacedor tal vez;
mas, ¡ay! los que su mente
por su altivez dirigen,
verán cuán torpemente
soñó su insensatez.

Apenas un momento
tan orgullosa idea
brotó en mi pensamiento
y en él lugar la di,
tiniebla inesperada
cegó mi mente rea,
y ante la faz airada
del Criador me vi.

Desnudo ante la vista
del Dios que le llamaba,
como arrancada arista
mi ser se estremeció;
la luz de su presencia
mi nada iluminaba;

juzgóme, y su sentencia
así me fulminó:

« Tres siglos es preciso
» que llores por tu yerro:
» sal, pues, del Paraíso;
» el globo terrenal
» te doy para destierro;
» tus nobles atributos
» te dejo; nobles frutos
» de tu hálito inmortal.

» Que broten de tus lágrimas
» en el lugar que mores
» el germen de las flores
» y el manantial del bien.
» Sé allí su luz vivífica,
» sé tú su astro benigno,
» y vuelve al cielo digno
» del celestial Edén. »

Dijo; y tendí mi vuelo
llorando hacia la tierra:
caí sobre este suelo,
y en este manantial
do tengo mi retiro
mi espíritu se encierra;
yo soy el que suspiro
de noche en su raudal.

Yo soy el que velando
en esta margen bella,
pródigo vierto en ella
la vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
me vienes estrechando,
y yo la fe te inspiro,
la ciencia y la virtud.

Tú luchas por la gloria
de tu falaz creencia,
y espléndida existencia
preparas á tu grey;
y yo que sé tu historia,
tu origen y tu sino,
arreglo tu destino
por misteriosa ley.

Sí; tú eres una espada
que blande ajena mano;
tú á impulso soberano
obedeciendo vas;
tú siembras la simiente
que encuentras apilada;
mas siembras diligente
para quien va detrás.

De aquí me desalojas
cuando estos sitios pueblas,
de aquí conmigo arrojas
la gracia y el pudor;
mas yo vi en las tinieblas
resplandecer tus ojos,
te conocí, y de hinojos
di gracias al Señor.

Su vista rutilante
que el universo abarca,
posada en tu semblante
desde tu cuna está;
y el dedo omnipotente
sobre tu noble frente
grabó la regia marca
que á conocer te da.

Naciste favorito
del genio y de la gloria;

tu nombre es la victoria,
tu voluntad ley es.
Tu tiempo es infinito,
tus huellas indelebles;
los montes son endeble
debajo de tus pies.

¿Tú anhelas un tesoro?
Mis lágrimas son perlas;
el Darro te trae oro;
plata te da el Genil;
cien minas en tu suelo
posees: despierta á verlas,
y haz de este valle un cielo
para tu grey gentil.

Encumbra este hemisferio
con el poder de Oriente...
Yo en él haré á otra gente
plantar su pabellón.
Yo te daré un imperio;
mas tú para pagarme
tendrás al fin que darme
tu fe y tu corazón.

Adiós, ¡oh Nazarita!
Mi aparición recuerda
cuando el pesar te muerda
con agujón de hiel;
no olvides en tu cuita
que abrió sobre este suelo
la fuente del consuelo
el ángel Azäel.—

Tal dijo; y el divino
ser misterioso alzando
la mano que posando

tenía en Al-Hamar,
al fondo cristalino
volvióse de la fuente,
que su cristal bullente
sobre él volvió á cerrar.

El ámbar que exhalaba
su aliento de ambrosía,
la luz que derramaba
su forma, la armonía
de que su voz llenaba
la selva, y el encanto
con que su influjo santo
divinizó el verjel,

Como neblina leve
que desvanece el aura
al punto que se mueve,
se disipó con él:
dudar pudiendo en suma
la mente deslumbrada
si fué visión soñada
el ángel Azáel,

Tornó á la antigua calma
y soledad primera
el bosque y la pradera;
y el príncipe Al-Hamar,
sintiendo libre el alma
del fatigoso ensueño,
de su tenaz beleño
se comenzó á librar.

Su mente obscurecida
se iluminó; la historia
del sueño en su memoria
se comenzó á aclarar;

y al fin, el cuerpo suelto
de su sopor y vuelto
á la razón y vida,
se despertó Al-Hamar.

La vista echando en torno
del sitio solitario,
reconoció el contorno,
mas como al ángel no;
sonrisa de desdño
mostrando el juicio vario
que forma de su sueño,
en la ciudad pensó.

Pensó que de ella ausente
pasó la noche entera;
pensó en su inquieta gente
y se aprestó á partir,
mirando tras el monte
rayar la luz primera
del sol que al horizonte
comienza ya á subir.

Compuso en la cintura
la faja tunecina;
la suelta capellina
sobre la espalda echó,
y el aura respirando
del bosque y la frescura
del alba, el césped blando
con leve planta holló.

Dió un paso en la pradera,
y alzando repentina
la brisa matutina
su vuelo en el verjel,
como una mies ligera

dobló el ramaje umbrío,
y sacudió el rocío
depositado en él.

Surcaron desprendidas
sus gotas el ambiente,
cual lluvia transparente,
espesa, universal;
el aire deshacerlas
no pudo, y esparcidas
quedaron como perlas
sobre la hierba igual.

Ráfaga, empero, errante
la brisa fué: su impulso,
durando un solo instante,
sin fuerzas expiró.
Hirguióse la arboleda
con rápido repulso,
y todo al punto á leda
tranquilidad volvió.

Vertió desde la cumbre
del monte al hora misma
el sol su nueva lumbre;
deshizo su arrebol
la atmósfera en su prisma
de múltiples colores,
y abriéronse las flores
á recibir al sol.

Debajo de la tienda
de sus plegadas hojas,
las clavellinas rojas,
los rojos alhelís,
mostráronle con franca
exposición su ofrenda

en otra perla blanca
cercada de rubís.

Detuvo la indecisa
planta Al-Hamar; su labio
bañó dulce sonrisa
su sueño al recordar,
é incrédulo, si sabio,
juzgándolo quimera,
tornó por la ladera
el paso á enderezar.

Y por mostrar desprecio
de sueños infundados,
los céspedes mojados
pisaba sin temor,
con indignado y recio
paso truncando altivo
el tallo inofensivo
de una y otra flor.

Mas pronto perturbado
su corazón de nuevo,
latió desconcertado
y comenzó á crëer
la aparición soñada
del celestial mancebo,
inspiración enviada
por celestial poder.

De cada flor que rota
derriba, ve que intacta
la desprendida gota
resbala, y sin perder
su redondez compacta,
en la mullida hierba
entera se conserva,
maciza al parecer.

Tendió la regia mano
á la que más vecina
halló; mas al cogerla
reconoció Al-Hamar
su sino sobrehumano;
la gota cristalina
era una gruesa perla,
cual nunca las dió el mar.

Su limpia transparencia,
su peso, su tamaño,
su origen, tan extraño
á cuanto oído fué,
aclaman infinita
en número, inaudita
en precio la opulencia
del rey que las posee.

No tiene en las ignotas
minas que avara encierra
tesoro igual la tierra
ni en piedra, ni en metal;
cada una de las gotas
del celestial rocío,
de plata vale un río,
en precio á un reino igual.

¡Bendito al que tesoro
tal posëer le cabe!
¡Bendito el que le sabe
empleo digno dar!
¡Dichoso el Nazarita
amir del pueblo moro,
en quien está bendita
la estirpe de Nazar!

Cayó Al-Hamar de hinojos,
y alzando al firmamento

las manos y los ojos
con exaltada fe,
«Señor, dijo, yo admito
un don tan opulento,
y á don tan infinito
corresponder sabré.»

Y así Al-Hamar diciendo,
y el don agradeciendo
que liberal le envía
la mano del Señor,
las perlas recogía...,
y acaba al recogerlas
El Libro de las Perlas.
¡De Alah sea en loor!





EL LIBRO DE LOS ALCÁZARES

INTRODUCCIÓN

¡Granada! Ciudad bendita
reclinada sobre flores;
quien no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado tus palacios,
visitado ha los espacios
encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cautivó celeste hurí,
la salud en ti se encierra,
en ti mora la alegría,
en tus sierras nace el día,
y arde el sol de amor por ti.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno Abril;
de tus fuentes cristalinas
surcan cisnes los raudales;
bajan águilas reales
á bañarse en tu Genil;

Gayas aves entretienen
con sus trinos y sus quejas
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel;
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas,
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

En ti como en un espejo
se mira el profeta santo;
la luna envidia el encanto
que hay en tu dormida faz;
y al mirarte á su reflejo
el arcángel que la guía,
un casto beso te envía
diciéndote: « Duerme en paz. »

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora á reposar.
¡Oh Granada, la sultana
del deleite y la ventura!
quien no ha visto tu hermosura,
al nacer debió cegar.

¡Alah salve al Nazarita,
que derrama sus tesoros
para hacerte de los moros
el alcázar imperial!
¡Alah salve al rey que habita
los palacios que en ti eleva!
¡Alah salve al rey que lleva
tu destino á gloria tal!

Las entrañas de tu sierra
se socavan noche y día;

dan su mármol á porfia
Geb-Elvira y Macäel;
ensordécese la tierra
con el son de los martillos,
y aparecen tus castillos,
maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
se concede: palmo á palmo,
como á impulso de un ensalmo
se levanta por doquier
el alcázar portentoso
que, mofándose del viento,
será eterno monumento
de tu ciencia y tu poder.

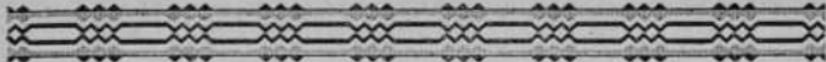
Reverbera su techumbre
por las noches, á lo lejos,
de las teas á la lumbre
que iluminan sin cesar
los trabajos misteriosos,
y á sus cárdenos reflejos
van los genios sus preciosos
apostentos á labrar.

¿De quién es ese palacio
sostenido en mil pilares,
cuyas torres y alminares
de inmortales obra son?
¿Quién habita el regio espacio
de sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
atrevido su blasón?

¿De quién es aquella corte
de galanes africanos
que le cruzan tan ufanos

de su noble Amir en pos?
Es su alcázar, y en su porte
bien se lee su nombre escrito:
Al-Hamar.—¡Alah bendito,
es la *Alhambra!*—¡Gloria á Dios!





LA CARRERA

I

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje
á riesgo de la vida de su jinete real.
Él con entrambas manos le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
que el paso de las aguas del temporal formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
cual si escapara en circo á la carrera abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
el desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión,
del viento á los silbos, ya agudos, ya roncós,
pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,

las varas revueltas de zarzas y espinos,
las hierbas colgadas del brusco peñón,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes y monstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga fatal procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusión; fantásticos é informes
abortos del pavor; mudas y enormes
masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-Hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza
con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban, y Al-Hamar las percibía
pasar, sin concebir su rapidez,
en más vertiginosa fantasía,
en más confusa y tumultuosa orgía,
más juntas, más veloces cada vez;
y atronado su espíritu cedía
á la impresión fatídica, y corría
frío sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento
la ponía en nerviosa tensión,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmón;
y golpeando en sus sienes sin tiento
de su sangre el latido violento,
sus oídos zumbaban con lento
y profundo y monótono son.

Ya creía que, huyendo el camino
del corcel bajo el cóncavo callo,
galopaba sobre un torbellino,

mantenido en su impulso no más;
ya creía que el negro caballo,
por la ardiente nariz y los ojos
despidiendo metéoros rojos,
rastros impuros dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado
con la lluvia, el granizo y centellas
de que lleva su vientre preñado,
cree que va fermentando á la par;
nubes cruza tras nubes, y en ellas,
del turbión al impulso sujetos,
mira mil nunca vistos objetos
remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido
caminaba á las riendas asido,
en los corvos estribos seguros
y entre el uno y el otro borrén
empotrado, dejando abatido
por el bruto elevarse en lo obscuro;
y empezaba á perder el sentido
del escape marcado al vaivén.

Rendido y las fuerzas perdiendo,
al vértigo intenso cedió;
y loco el cerebro sintiendo,
los ojos cerrar no pudiendo,
la ciega mirada fijó;
tenaz contracción manteniendo
no más su equilibrio, y corriendo
cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,
y atrás á la tierra dejando,
las vallas de sombra saltando
que cercan el mundo mortal,

creyóse su mente perdida
en tierra jamás conocida,
región de otra luz y otra vida,
de atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía á lo lejos
en esta nueva región;
y el alma, exenta de pena
cruzando el éter tranquilo,
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansión.

Suavísimo arrobamiento,
deliquio dulce invadióle,
y encima del firmamento
en el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente,
y ante los ojos pasóle
el Paraíso esplendente
que Mahomad visitó.

El místico y nocturno
viaje del Profeta
juzgó que iba á su turno
sobre el Borak á hacer;
y la ilusión sujeta
á lo que de él relata,
la bóveda de plata
de un cielo empezó á ver.

Los astros vió suspensos
de auríferas cadenas,
y sus lumbreras llenas
de espíritus de luz;
espíritus inmensos

en forma de caballos,
de corzos y de gallos
de enorme magnitud.

Vió islas encantadas
flotando en los espacios,
con templos de topacios
y muros de marfil;
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano dan abiertas
sobre jardines mil.

Allí sobre alhamíes
de cedro y palo-rosa,
bajo la sombra undosa
del tilo y del moral,
yacer vió á las huríes
que, á mil amores tiernas,
conservarán eternas
su gracia virginal.

Y atravesó campiñas
fresquísimas y amenas,
de bosques de ámbar llenas
y cerros de cristal,
y prodigiosas viñas,
que en frutos dan opimos
las perlas en racimos
en tallos de coral.

Vió grutas pintorescas
por sílfides moradas,
cubiertas sus portadas
bajo el flotante tul
de mil cascadas frescas
que, atravesando prados

de hermoso añil sembrados,
van tintas en su azul.

Caer las vió en riberas
donde reposan mansos
los monstruos y las fieras
de tierra, viento y mar;
y en plácidos remansos,
el sueño entreteniéndolas,
vió cisnes y oropéndolas
bañarse y jugar.

Y vió dorados peces
en tumultuoso bando
á flor de el agua á veces
pacíficos nadar,
y á veces elevando
por cima de las olas
los lomos y las colas,
la orilla salpicar.

Vió luego estos ríos
crecer sin vallares
perdiéndose en mares
de leche y de miel;
y en ellos navíos
do van los amores
meciéndose en flores
de uno á otro bajel.

Murmullo tras ellos
levantan sonoro
mil góndolas de oro
de concha y marfil,
do van silfos bellos
bogando con velas
de chales y telas
de seda sutil.

Espuma levantan
inquietos remando
los mil gondoleros
que van tripulando
los barcos veleros;
y danzan ligeros
y armónicos cantan
alegre canción.

Y mil gayas aves
que siguen las naves,
al sol esponjando
sus plumas distintas
de mil varias tintas,
de azul, gualda y oro,
imitan en coro
del cántico el son.

Al lejos el viento
responde á su acento
allá en la arboleda
moviendo rumor;
y el eco, que atento
en lo alto se queda,
burlón lo remeda
cual sabe mejor.

El cuadro divino,
la paz, la ventura,
perfume, frescura
y luz celestial
de aquel peregrino
país, torna pura
al rey granadino
la calma vital.

Y en rápido vuelo,
pacífico y blando,

los aires surcando
se siente llevar;
y ve, que sin suelo
do fije el caballo
el áspero callo,
cruzando va el mar.

Del líquido fondo
contempla pasando,
y alcanza mirando
del agua al trasluz
el álveo redondo,
que puebla radiante
cohorte flotante
de peces de luz.

Sutiles vapores
le impelen süaves
y costas y naves
se deja detrás;
y espacios mayores
cruzando en su vuelo
aborda del cielo
las costas quizás.

Avanza, y niebla
pálida ve
que el aire puebla,
según pie á pie
ganando va
aquel extenso
espacio inmenso
do errando está:

Y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento

en torno de él.
Y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.
Anochece
y obscurece
más aprisa
cada vez
el ambiente,
que se espesa
con creciente
lobreguez.
El camino
desparece;
y sin tino
ni destino
que comprenda,
sobre senda
audazmente
carrilada,
por un puente
de movable
tirantez,
tan delgada
como el hilo
en que se echa
descolgada
una oruga;
como arruga
que en tranquilo
lago tiende
cuando hiende
su agua el pez;
tan estrecha
como el filo
de una espada,

como flecha
disparada,
cual centella
desatada,
va sin huella
perceptible
el perdido
nazarita
con horrible
é infinita
rapidez.

Es el puente
de la vida
que la gente
á la luz venida
ha por fuerza
de pasar.
El que intente
y haga entera
su carrera,
y de frente
sin caída
la salida
logre hallar,
por las puertas
celestiales
á las huertas
inmortales
como un ángel
ha de entrar,
las delicias
eternales
y los gustos
perenales
de los justos
á gozar.

Á este paso
tan estrecho
(cuyo escaso
corto estrecho
es camino
tan dudoso
de cruzar,
pero fallo
riguroso
del destino
y ley santa
que acatar),
se adelanta
vigoroso
el caballo
misterioso
de Al-Hamar.

Temeroso
de mirar,
espumoso,
siempre hirviente,
rebramando
eternamente
y azotando
siempre el puente
con horrísono
bramar,
bajo de él
hierva el mar.

Israfel
allí está
para ver
el que va
sin caer,
y pasar
no dejar

al infiel;
y he aquí
que por él
va á pasar
el corcel
de Al-Hamar.

Llega, avanza;
ya se lanza,
ya en él entra,
ya se encuentra
suspendido
sobre el puente
sacudido
por el piélagos
bullente,
cuyo cóncavo
rugido
se levanta
sin cesar.
Aturdido,
sin mirar
á la indómita
corriente
que le espanta,
sin osar
aspirar
el ambiente
que le anuda
la garganta,
sin que acuda
tierra ó cielo
en su ayuda,
vuela y pasa,
justiciero
rey prudente,
juez severo

y valiente
caballero,
el primero
de la casa
de Nazar.

El puente
vacila:
el príncipe
oscila
perdido
el sentido,
demente,
transido
de horror.

Ya toca
la opuesta
ribera;
ya poca
carrera
le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
le ciega
el pavor.
¡Ah! ¡Dadle
favor!
¡Salvadle,
Señor!

Saltó.
Pasó
con bien
y allá
cayó
de pie:

salvo
fué.
¡Oh!
Ya
¿quién
ve
do
va?





GRANADA

LA LAMENTACIÓN DE ALHAMA

—¡Ay de mi Alhama!—en su palacio dijo
Muley, que aun suya en su dolor la llama;
y el eco triste, de su techo hijo,
suspiró: «¡Alhama!»

Desde las torres del gentil palacio
bajó en las brisas, y de rama en rama
corrió los huertos y gimió el espacio:
¡Ay de mi Alhama!

Llegó hasta el vulgo la terrible nueva.
¿Quién pára el vuelo de la errante fama?
Su voz diciendo en la ciudad se eleva:
¡Ay de mi Alhama!

La turba ociosa, de pavor transida,
la aciaga nueva por doquier derrama;
doquier repiten por donde es oída:
¡Ay de mi Alhama!

El ruin villano y el audaz guerrero,
el noble altivo y la orgullosa dama
dicen, llorando con el pueblo entero:
¡Ay de mi Alhama!

Y el pueblo entero del palacio augusto
corre á las puertas, y furioso clama
con voz que impone á sus vivientes susto:
¡Ay de mi Alhama!

La guardia negra que á Muley defiende,
—¡Atrás!—las picas enristrando exclama:
se irrita el pueblo, y el clamor se extiende:

¡Ay de mi Alhama!

Las regias salas el motín conturba
que en torno de ellas cual tormenta brama,
y al grito tiemblan de la airada turba:

¡Ay de mi Alhama!

Muley no duerme: cinco mil guerreros
en quienes arde del honor la llama,
de sus legiones manda delanteros:

Ir sobre Alhama.

Y al caer la noche, jineteando al frente
de hueste inmensa que la lid reclama,
partió gritando con su armada gente:

¡Venganza á Alhama!

¡Venganza á Alhama!, repitió la plebe
que al rey valiente y vengador aclama;

—¡Alah, le dijo, la victoria lleve
contigo á Alhama!—

Mas ¿quién penetra en el destino obscuro
de su ancho velo por la espesa trama?

Voz misteriosa suspiró en el muro:

¡Ay de mi Alhama!

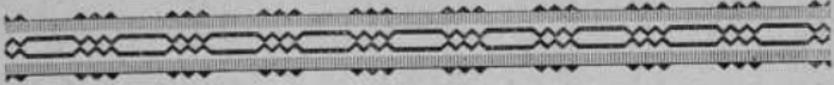
Eco siniestro, que la fe desmiente
de los musulimes y á su rey infama,
toda la noche repitió doliente:

¡Ay de mi Alhama!

¡Tal vez las almas de los muertos, cuyos
miembros sin tumba el agua desparrama
de los nublados, piden á los suyos:

Tierra en Alhama!





ÍNDICE

	Págs.
Toledo.....	1
Indecisión.....	9
Recuerdos de Toledo.—La Catedral.....	11
El día sin sol.....	19
La torre de Fuensaldaña.....	23
La Virgen al pie de la Cruz.....	33
A buen juez mejor testigo. (Tradición de Toledo.).....	43
Al último rey moro de Granada, ¡Boabdil el Chico.....	65
A un águila. (Oda).....	69
El paso de armas de D. Beltrán de la Cueva.....	75
El capitán Montoya.....	81
Gloria y orgullo.....	95
Ira de Dios.—El Ángel exterminador.....	101
Cantos del Trovador.....	107
Las nubes.....	111
Ofrenda poética al Liceo Artístico y Literario de Madrid....	115
María.....	121
El Dulce Nombre de María.....	127
Plegaria.....	133
Leyenda de Muhamad Al-Hamar el Nazarita.....	135
El Libro de las Perlas.....	139
El Libro de los Alcázares.....	159
La carrera.....	163
Granada.—La lamentación de Alhama.....	177





G
1
7
5
3
3